

Literatura *Y* Justicia

Antología para noviembre

Prólogo de Santiago Vizcaíno

Enrique Gil Gilbert
Adalberto Ortiz
Juan Carlos Moya
Javier Lara Santos
Efraín Villacís



Prohibida su venta



COLECCIÓN

Literatura *γ* Justicia



Antología para noviembre

Prólogo de
Santiago Vizcaíno

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

Presidente
del Consejo de la Judicatura
Gustavo Jalkh Røben

Vocales
Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez
Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Director de la Escuela de la Función Judicial
Tomás Alvear

Consejo Editorial	Director de la Colección
Juan Chávez Pareja	Efraín Villacís
Néstor Arbito Chica	Editor General
Efraín Villacís	Antonio Correa Losada
Antonio Correa Losada	

© Agradecemos a los herederos de Enrique Gil Gilbert y Adalberto Ortiz, así como a Juan Carlos Moya, Javier Lara Santos y Efraín Villacís por la cesión de los derechos de los cuentos incluidos en esta edición.

Fotografía de Portada: Andrés Laiquez **Diseño y Diagramación:** Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra **Revisión Bibliográfica:** Gustavo Salazar **Revisión y Corrección de Textos:** Alejo Romano / Susana Salvador / Estefanía Parra **Apoyo Administrativo Editorial:** Carolina Andrade / Johanna Zambrano **Mensajería:** Luis Flores **Apoyo Técnico Gaceta Judicial:** Santiago Aráuz

ISBN 97899428531
Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura
Reina Victoria N23-101 y Wilson
www.funcionjudicial.gob.ec

Editogran S.A.
Distribución Diario El Telégrafo

PUBLICACIÓN GRATUITA
Quito - Ecuador, 2014

Contenido

<i>Prólogo</i> de Santiago Vizcaíno	9
Enrique Gil Gilbert	
El negro Santander	27
Adalberto Ortiz	
La noche de los ceibos	67
El bananero	81
La mula	99
Juan Carlos Moya	
El cráter	111
Javier Lara Santos	
Albur	129
Efraín Villacís	
Una mosca en el andén	149

Prólogo

¿Quién es aquí el culpable?

Pero no soy ni un santo, soy sencillamente un ser humano que ha llegado a la conclusión de que para vivir no se necesita sino una celda, apenas algo más para morir, en que basta con una cama y, posteriormente, con un ataúd, pues el destino del hombre es pensar, no actuar. Actuar puede cualquier burro.

Friedrich Dürrenmatt

La verdad es que nadie sabe cómo debe ser un cuento.

Augusto Monterroso

Como en toda gran narrativa, en estos cuentos, de carácter realista, los personajes son la fuerza motriz: sufren o hacen justicia. Realismo y justicia se relacionan directamente con el aspecto moral, si consideramos que el principio cardinal de la moralidad es precisamente la *justicia*, entendida como una aplicación escrupulosa de normas que regulan las interacciones de los individuos como partes del todo social. De hecho, la aplicación de este concepto en el sentido moral puede conducir a situaciones «injustas», miradas desde el punto de vista de otras morales.

En este territorio están en eferescencia lo extraordinario, lo sórdido, lo sublime y lo injusto. Por ello, las diversas derivaciones del realismo (social, psicológico, existencial, urbano, sucio, fantástico, mágico y maravilloso) han servido para enmarcar una literatura en enfrentamiento constante con la realidad, si suponemos que el cuento hispanoamericano proviene directamente de las crónicas coloniales o de Indias, es decir, aquella literatura que daba cuenta al rey de una situación, pero que también inventaba un mundo.

Sin embargo, como afirma Juana Martínez Gómez:

Desde Horacio Quiroga hasta nuestros días no se han resuelto los interrogantes sobre el género y se siguen planteando los mismos problemas teóricos, mientras que el cuento avanza construyéndose con toda libertad. Libertad que, como hemos visto, es la carta de naturaleza con la que nace y la que, sin duda, mueve la producción de una práctica rica, incontrolable, exuberante, que, al tiempo, provoca una disidencia cada vez mayor respecto a la crítica, más rígida y conservadora, y con una ineludible –¿pedagógica?– tendencia a reducir la creación literaria a fórmulas y esquemas*.

Aquí se han recogido escritores del siglo XX nacidos a principios del mismo –Enrique Gil Gilbert y Adalberto Ortiz–, en los sesenta –Efraín

* Juana Martínez Gómez, «El cuento hispanoamericano en el siglo XX: Indefiniciones», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, N.º. 28, Madrid, Universidad Complutense, 1999, p. 271.

Villacís— y en los setenta —Juan Carlos Moya y Javier Lara Santos—. Solo en los dos primeros existe una propuesta política generacional transversal a su literatura: el realismo social. Por su parte, Villacís, Moya y Lara provienen de otras vertientes del realismo, sobre todo aquel que desemboca en el absurdo. Mientras los escritores nacidos en la primera mitad del siglo anterior acuden al universo del campo, los otros refieren la angustia existencial del habitante de la urbe. Esto matiza una clara distancia entre las preocupaciones estéticas de los escritores «comprometidos» y las de los escritores contemporáneos.

La distinción sitúa el discurso en dos universos en franco enfrentamiento con su realidad. Enrique Gil Gilbert y Adalberto Ortiz han creado personajes cuyo medio es siempre el rural, donde la naturaleza adquiere un matiz simbólico excepcional. Por su parte, los personajes de Villacís, Moya y Lara son evidentemente habitantes citadinos, empleados de la industria, abatidos por la maquinaria de la producción. La dinámica campo-ciudad no es ajena a ninguno de estos autores. Todos están atravesados por un conflicto esencial en la cultura hispanoamericana del siglo XX: la idea de progreso.

El negro Santander, de Enrique Gil Gilbert, por ejemplo, se sitúa en una época posterior a la construcción del ferrocarril –caro baluarte del liberalismo progresista–. El personaje se ha vuelto «loco» como resultado de las inhumanas jornadas de trabajo en esta construcción. Pero su lucidez es evidente: denuncia la explotación de los afrodescendientes y de los indios en pos de la «civilización» que traería el ferrocarril.

Como integrante de la llamada Generación del Treinta, Gil Gilbert asume la propuesta renovadora del relato realista y ejecuta una pieza conmovedora donde la caracterización del personaje se eleva por la fuerza lírica de las imágenes: «En lo negro su carne brilla y sus ojos manan luz; la espalda curva como bejuco forzado se agrieta musculosa; las piernas medio anguladas se templan de nervios, y se abren los brazos como caderas sobre su cabeza» (página 27 de esta edición). Esto hace que el lector adquiera una poderosa imagen visual del personaje y del campo, que se acrecienta por las referencias metafóricas a la naturaleza: «Cerca, el estero pasa con un aliento borracho de raíces y pescados» (p. 27).

Así, el ser humano y la naturaleza están emparentados de manera íntima: «La luz de la

luna tembló sobre su carne remecida de coraje. Las manos de él estrujaban suave los senos. Los ojos de la india se habían oblicuado; la mirada se hacía intensa; los labios tremolaban, y su cuerpo vibraba, como vibra el agua cuando la remece el viento» (p. 36).

No deja, además, de ser valioso su conocimiento del universo rural y sus formas de vida, lo que demarca la realidad social de su tiempo y los roles familiares y de género, que atraviesan el relato para resaltar, precisamente, la inequidad de los marginados: el negro y el indio. El personaje principal, un afrodescendiente jamaquino, es un medio para la denuncia. Mientras el ferrocarril se perfilaba como la obra de ingeniería más importante de este país para alcanzar la «civilización», la realidad de sus obreros era espantosa. Los personajes de este cuento viven la injusticia, más bien la sobreviven, y el negro Santander nos seguirá contando, por los siglos de los siglos, la historia velada del «tren más difícil del mundo».

Otro ejemplo es **El bananero**, de Adalberto Ortiz, donde el personaje principal, Clodomiro, ahonda en la tragedia de los pequeños agricultores de banano. La idea de empresa, de división del trabajo,

es aquí fundamental, ya que lleva a un hombre a perderlo todo para satisfacer una supuesta demanda del mercado:

Pues verás vos. En el puerto la gente está entusiasmá con la siembra de la mampora, que ahora la han dado en llamar banano. Traigo aquí un papel que me dieron en una oficina, donde dicen que todos los del campo debemos dedicarnos a sembrá banano, porque unas compañías de gringos los van a comprá a veinte sucres racimo, para mandarlos a Nova Yor (p. 82-83).

El puerto-ciudad, Guayaquil, aparece aquí como figura del progreso industrial. El *boom* bananero es el trasfondo de un drama social mucho más complejo, el de los pequeños terratenientes y su vida íntima, familiar. El afán de verosimilitud es evidente en el uso del lenguaje coloquial del campesino de la Costa ecuatoriana. Ortiz logra en este cuento la intención estética del realismo social: reproducir la voz de los que claman justicia.

Asimismo ocurre en su cuento **La mula**, donde el referente es decididamente: «En la ribera de acá se alzaba la nueva ciudad, comercialmente muy activa y con ciertos adelantos que la civilización traía desde Guayaquil» (p. 100). Pervive, entonces, en este relato, la vieja dicotomía entre barbarie y civilización, solo separadas por el río, que se convierte en símbolo y en medio del progreso: «Atravesaba el río un puente de balsas, que de cuando en cuando se abría para dar paso a los vapores fluviales...» (p. 100). Esta idea, esta necesidad voraz de desarrollo, desplaza la realidad del campo al territorio del mito, que se convierte en materia literaria: «Al día siguiente comprobaron lo que sospechaban: la mula había recobrado su forma humana. Era cierta señora, cuyo nombre sería mejor callar, pero que había amanecido en cama, muy mal estropeada, como ocurría siempre a las mujeres que habían tenido relaciones sexuales con sacerdotes católicos, y a quienes se podía desenmascarar de esta manera» (p. 102).

Este secreto terrible del personaje se convierte en el móvil del cuento, porque desencadena una historia que está en entredicho: la del hijo abandonado que busca a su madre. Desde la moral social del medio, la madre «paga» por su pecado,

mientras el hijo sufre una injusticia que marca una enorme distancia entre él, un ciudadano, y su madre:

Bastante cohibido y apenado, traté de excusarme, mientras el vapor fluvial despegaba:

–Lamento mucho haberle inducido a cometer aquella torpeza.

–No importa –se despidió–. En verdad era una mula, la pobre (p. 108).

En **La noche de los ceibos**, del mismo Adalberto Ortiz, el realismo mágico es evidente. El imaginario montubio perturba al afuereño que es vilmente engañado por su propia mujer:

De súbito recordó que antes de venir a vivir en este lugar –de eso hacía unos tres años–, su primo Manuel le había contado que, en ciertos pueblos de la provincia de Manabí, algunos asesinos daban ese grito preventivo a sus víctimas, a fin de que se prepararan a bien morir o para que dejaran

arregladas sus cosas antes de la postrer partida (p. 68).

Así, el relato juega con el miedo del personaje, que al final hace justicia al descubrir la fatídica verdad. La naturaleza adquiere, además, un simbolismo trágico: «Al fin, después de muchísimo tiempo, de muchísimas horas, llegó el día como una esperanza vital y los fantasmagóricos ceibos, cíclopes verdosos guardianes de misterios de siglos, sacudieron su somnolencia y se dibujaron soberbios en toda su imponente realidad» (p. 72). Es el cuento que abre la posibilidad a otra forma de justicia: la que se hace con mano propia.

Los cuentos de Villacís, Moya y Lara, como hemos dicho, ocupan otro lugar de enunciación. Pasada ya la efervescencia política del escritor comprometido, estos narradores contemporáneos asumen la realidad de formas distintas. En sus cuentos, los personajes tienen una visión desencantada del mundo. Su influencia es claramente existencialista y está marcada por la realidad social del habitante silencioso de la urbe, mediocre, marginal; aquel que es reducido a la nada por la vorágine del mundo moderno. Esta voz del

«nadie» los acerca, pero el tratamiento del lenguaje y la intención es particular.

Una mosca en el andén, de Efraín Villacís, es una larga y angustiante conversación entre un trabajador de un taller de carpintería, obsesionado con el cine, y un misterioso personaje irónico que le sirve de interlocutor. La fluidez del relato está marcada por la preponderancia de la voz del personaje principal, Márquez, que domina la conversación, ya que es su historia la que interesa. El otro, Bernal, más nadie que Márquez, es un personaje burlesco, irónico, obligado a escuchar por el afán de beber.

Villacís lleva al lector por el largo río de una historia sórdida, llena de referencias al cine mexicano y estadounidense. El relato se compone, además, de imágenes visuales como tamizadas a través del lente de una cámara:

Márquez se levanta y llena los vasos hasta el borde. Vuelve a sentarse y se reclina sobre la pared de la cabecera. El zumbido de una mosca estorba el silencio. Se refleja deforme, agrandada sobre el tumbado crudo. Revolotea

alrededor del foco mustio, parece olerlo, embriagarse en la luz cicatera que apenas ilumina el cubículo. Recorre el espacio, nerviosa, fugaz (p. 157).

En el cuento se intercalan, en un lenguaje envolvente, varios planos narrativos en una mirada periscópica y a la vez detallista y de vértigo, donde el personaje, en forma paradójica, busca la libertad en su propio enclaustramiento.

A lo largo del relato, Villacís va colocando pequeñas pistas, suaves guiños, que descubren la intención de Márquez. El otro, Bernal, es un objeto, una posibilidad, un muñeco utilitario para poner en ejecución un acto de justicia, la del protagonista consigo mismo; justicia poética, si se quiere: «No sea pendejo. Nadie se mata, mi querido Bernal, lo matan. Qué o quién, eso no importa. No podría matarme porque soy mi propia pelota, me domino y me gusta rodar. Vivir como estoy viviendo porque yo me lo busqué. Es mi propio destino» (p. 169). Quizá por ello haya que decir, como decía Camus sobre Mersault, que Márquez es el Cristo que merecemos.

Esta angustia existencial no es ajena a la obra de Juan Carlos Moya, **El cráter**, donde el sueño y la

realidad se confunden para mostrarnos la frustración de un ingeniero, habitante de Quito, insomne, solo, humillado por el supervisor de la fábrica donde trabaja:

El estruendo de las máquinas y las turbinas presionadas por un mecanismo asiático basado en el vapor y la presión, las repetidas humillaciones que le brindaba generosamente el supervisor —un muchacho veinte años más joven que él—, los inútiles y fingidos saludos de buenos días con sus colegas, que sin motivo aparente empezaron a repartirle odio y a sabotearle el trabajo, le dictaron la certeza de que estaba hundido en la mediocridad (p. 118).

Así, este personaje, creado desde una aguda lectura de Onetti, deambula entre su afán de supervivencia y el odio.

Este ingeniero es la imagen fiel del profesional desencantado y, por ende, estancado. Obcecado por la enfermiza cotidianidad, el personaje es un hombre siempre al margen de aquello a lo que

pertenece; ha perdido el espíritu humano, el sentido: «“Todos trabajan por una mujer o un hijo”, se repetía, largándose a la casa con la mirada hundida en sus zapatos, caminando aprisa, fatigado por una sombra que le pesaba sobre la ropa» (p. 118). Perdido el sentido, entonces, ejecuta un acto que muchos deben haber planificado: descargar todo contra la autoridad, contra la vigilancia. Así ajusta cuentas. Adquiere el sentido del vacío.

Moya es obsesivo con el lenguaje, atiende a los pequeños detalles: «A partir de ese día, la mala suerte se incrustó en el centro de su espalda como un alfiler» (p. 120) o «El Ingeniero soltó el palo, se acomodó la chaqueta y avanzó por un sendero de gravilla en forma de L hasta el portón» (p. 121). Pero también introduce diálogos precisos, decidores:

–No pidió un abogado –dijo uno de los policías.

–¿Te fijaste en su mirada? Está vacía, como si no hubiera nadie dentro de él
–replicó el otro (p. 125).

De esta manera, matar no es solo una celebración de justicia, es un ejercicio de liberación. Ese vaciarse es quizá el mayor acto de libertad. Así por lo menos nos lo deja entrever este cuento.

En **Albur**, Javier Lara Santos arma una narración en varios actos donde podemos observar la vida íntima y cotidiana de dos empleados provincianos de una construcción llamada «la Torre». De hecho, esta, que sugiere un edificio enorme, aparece como símbolo de un ejercicio, el del trabajo inútil, absurdo, de corte kafkiano, donde hay una sutil referencia a «La construcción de la muralla china». Personajes sin sentido, o en permanente búsqueda de él, que es peor, terminan masacrados por el absurdo. El relato, cuyo título tiene que ver directamente con el azar, tiene además el sabor del cuento latinoamericano de los últimos años, donde los personajes son marionetas de una realidad arbitraria, disparatada (pensemos en *Aira* o en *Bellatin*, por citar dos ejemplos).

El gesto irónico del «albur» recae sobre la aparente seriedad del relato. Mostrar la miserable vida de los obreros de «la Torre» parece ser la intención. Y el lector se deja llevar, como en *Pobres gentes*, de Dostoievski, por el drama cotidiano de

estos personajes: «El sol había calentado hasta los espacios reducidos de sombra en la hora del almuerzo. Tito se sentó junto a otros obreros y se dispuso a abrir la caja con su comida. Su hermana le había mandado un pedazo de cartón cortado en el lugar donde debía estar la sopa, era un cartón de molde de algún vestido» (p. 136). Pero Lara tiene guardada una carta bajo la manga. Y allí radica el pleno sentido de esta historia. Hay en este cuento justicia divina, es decir, la del escritor.

Lo que no se cuenta, si recurrimos a la tesis de Ricardo Piglia, está directamente emparentado con la temática que asumimos como hilo conductor de esta antología. En todos estos cuentos subyacen otros, secretos, que están animados por una idea que los atraviesa: la ambivalencia entre justicia e injusticia. Todos los personajes principales de estos cuentos sufren este mal. La más clara es la injusticia social, aquella que surge como afán de denuncia, claramente ideológica: **El negro Santander, El bananero, La mula**; pero también está aquella que se concibe, desde la postura del escritor, como parte de la existencia humana, azarosa, si se quiere: **La noche de los ceibos, Una mosca en el andén, El cráter y Albur**.

Frente a la injusticia que envuelve a estos siete cuentos, los personajes jamás recurren a lo legal, tal vez porque la literatura y el derecho no se han puesto de acuerdo en términos éticos. Las más de las veces, en cambio, hacen justicia por sus propias manos. Frente a una realidad aplastante, frente al afán de progreso, o sucumben o se vuelven victimarios. Por ello está claro que el progreso, lo demuestra la literatura, es francamente injusto. ¿Quién es aquí el culpable? Quizá haya que recurrir a Sartre: «Usted es libre, elija, es decir, invente. Ninguna moral general puede indicar lo que hay que hacer; no hay signos en el mundo»*.

Santiago Vizcaíno

* Jean Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 42.

El negro Santander

Enrique Gil Gilbert

Junto a un algarrobo medio embutido en el ambiente violeta, totalmente desnudo, el negro Santander golpea el tronco con furia, rápido, seco, fuerte. En lo negro su carne brilla y sus ojos manan luz; la espalda curva como bejuco forzado se agrieta musculosa; las piernas medio anguladas se templan de nervios, y se abren los brazos como caderas sobre su cabeza. Las cigarras chillan agudamente, y se oye el alarido prolongado de la madera que se raja y el hipo del golpe cuando el tronco da en tierra.

Cerca, el estero pasa con un aliento borracho de raíces y pescados.

El negro Santander grita insultos en su inglés puerco, a los gringos. Sus gritos van ahondándose en los manglares y vibrando, como cuerdas de guitarra, sobre el agua.

La noche sigue larga y bronca. El viento arruga el río y el río coletea a los barrancos. Vienen en manadas los olores a lagarto, a lodo, a chacra.

En las casas, los hombres piensan, las mujeres rezan y los niños lloran.

—Mamita, el negro diablo, ¿lo oyes?

—A ver, ven a rezar a san Jacinto.

—Habla una lengua que no entendemos, cuando está loco.

—La lengua del Diablo.

Junto al grito de los lagartos de las tembladeras y a la bulla mojada de los sapos, entran con el viento, por la ventana, trozos de insultos en inglés y pedazos de golpes de hacha en madera verde. El viento mueve el candil, y se ve, sobre la pared de caña, la carcajada de las sombras al descoyuntarse.

—Dicen que la sombra es el alma.

–Por eso lo acompaña siempre a uno.

–A las doce no hay que trabajar, porque se pisa la sombra.

–El alma.

Y lejos, se abre de brazos una canción, un amorfino, para abrazar las cuerdas de una guitarra ronca:

*Tu mama a mí no me quiere, chinita,
porque soy pobre;
pero tú a mí sí me quieres, chinita,
porque soy hombre.*

A la distancia, entre la malva y el barrehorno, silban las culebras en celo. Pasan maullando los gatazos de monte. El negro blasfema a la noche impasible. La noche, negra abajo, azul arriba, baila la inquietud de las estrellas.

–El negro Santander es loco.

–Los locos no son hijos de Dios.

–Si no, ¿de quién?

–Del Diablo.

–Mamita, dame agua bendita para santiguarme.

Enrique Gil Gilbert

Y todos saben de memoria, y lo repiten, lo que les ha contado el negro Santander cuando no está loco.

Era cuando hacían el ferrocarril de Guayaquil a Quito.

Acampaban al pie de la cordillera, alta, altísima, imposable y fría con sus gorros de nieve. Las nubes pasaban rozando los picos de los cerros. Siempre tronaba la tempestad sobre sus cabezas. Venían vientos helados.

Se acordaba del cholo Buenaventura: lo vio junto a una carpa, recogido sobre sí mismo, pegando las rodillas al vientre. Se moría. El viento helado lo latigueaba. La carne se le hacía gallina. Se amorataba; temblaba con fuerza, remeciéndose. Y se quedó tieso, con los labios mordidos y los ojos abiertos, abiertos. Quedó botado varias horas, porque nadie creía que la gente se muere de frío.

El campamento estaba en una hondonada, en una de esas hondonadas abiertas tal que herida de hachazo en un árbol. Se hacía pared con las

montañas. Y allá, saliendo de las quebradas, se abría –como se abre la espalda al salir de la nuca– el páramo largo, lleno de paja y de hielo. El páramo que arreaba a los vientos cimarrones al corral de la quebrada.

Venían manadas de indios, traídos caminando, con los pies rotos, vestidos de anchos pantalones blancos, ponchos rojos y sombreritos, también blancos. Hablaban quichua y comían máchica. Cuando llegaban se comentaba:

–Dizque no les pagan.

–¿A qué? Los indios viven bien con máchica.

–¿Y con qué se visten?

–Están enseñados al frío.

Se amontonaban entre ellos, sentados con las piernas anguladas, las rodillas cerca de la cara. Los codos se apoyaban en las rodillas, y las manos sostenían el rostro. No eran coloradotes, tenían el pelo lacio, los ojos hundidos, oblicuos, los pómulos salientes, la cara triangular, los labios gruesos. No hablaban ni entre ellos.

Y venían en los convoyes que rodaban en la línea recién hecha gringos rubios colorados, altos. Gringos que hablaban una lengua rara, como atorándose. Dizque venían de lejos, de donde hay que pasar el mar. Santander los conocía:

–Yanquis, yanquis. Mala gente.

Pero no eran tanto como el negro decía. Les gustaban los niños, y entre ellos reían mucho, a carcajadas bulliciosas.

Venían costeños bajos, vivos. De rostros pálidos –casi amarillos, casi verdes– y chupados; de ojos ardientes e inquietos, de pelo cetrino.

–¿Y?

–Nada. Nos va bien.

–Pagan en dólares.

Se llevaban bien con los gringos. Venían jovencitos –dieciséis, dieciocho años–, se decía que huían de sus casas.

–¡Qué diablos! Estar yendo al colegio...

–Acá nos va mejor, ¿verdad?

–Claro, pagan en dólares.

–Fíjate, fíjate esa longa.

–¿Macanuda? ¿Ah?

–Pero más me gusta la gringuita que venía en el tren. Me hice amigo. Me dio conservas y le di naranjas.

–Deja que nos paguen, y entonces...

–Toditas, toditas.

–Los dólares son de oro y valen más que el sucre.

–Nos pagarán en dólares.

–En dólares.

Se alegraban hasta lo indecible. Pasaban la vista por el campamento. ¡Cuántas, cuántas mujeres! Todo eso largo, donde había tiendas de campaña, y todos eran amigos, donde no había que enamorar, donde todo era tan fácil.

A ellos –a los negros– los trajeron en rumeros, unos sobre otros, en los vagones de traer ganado. Cuando los recibieron, en el campamento se burlaron de ellos. Un muchacho blanco se metió el dedo en la boca y les hizo:

–¡Shuuuss, pum!

Enrique Gil Gilbert

Y otro les gritó:

—¡Ah, bombones!

Cuando pasaron, la doble fila se tapó las narices, haciéndolo adrede para que ellos lo vieran:

—¡Foo! ¡Grajo!

A poco, oyeron:

—¡Estos negros sí que son burrazos para el trabajo! Los traen para volar rocas con dinamita.

—Son jamaicanos.

No todos eran jamaicanos. Algunos eran ecuatorianos, de Esmeraldas. Lo que sí, todos traídos a la sogá. Arrumados en los bodegones de los barcos. Allí, más de una vez oyeron:

—No. No se los trae mejor, porque están acostumbrados; todos son hijos de esclavos. De nacimiento están acostumbrados a esa vida. Si se los trata mejor, se creen.

Y ellos odiaban a los blancos. Porque les vieron más de una vez; los blancos poseían a sus mujeres, y ellos no tenían derecho sobre las blancas.

Santander supo que a los indios no les pagaban. Y —claro— si eran tan repugnantes. Los había visto

sentados todo el día con una cara de idiota que provocaba machacarlos contra el suelo. Sin duda, por eso los gringos los trataban así. Un día un blanco pateó a un indio en el estómago, y cuando estuvo sin sentido en el suelo, alzó un foete y lo flageló hasta hacerlo sangrar. Nada le hicieron. Cuando se conoció lo hecho, vinieron policías.

–Un indio no es nada –dijeron.

Sobre todo, daban asco las indias, con los pechos guindando al aire, espulgándose y mas-cándose los piojos y carárganos.

Los costeños eran tísicos. Los vio, sí, los vio él. Tosían, se ahogaban con la tos, escupían desgarrando dolorosamente, y, escondidos, vomitaban sangre. Nadie se juntaba con ellos, los alejaban. Andaban pálidos, alzados de hombros, con la cara hundida y los ojos redondos, brillantes. Parecían sombras enclavadas en el día, caminando con su lentitud agónica. Se movían lento, y semejaban esos pájaros grandes y perezosos.

Los gringos se creían superiores a todos. Y por eso, precisamente, eran odiados. Se oyó muchas veces decir a las madres blancas:

Enrique Gil Gilbert

—¡No vayas al campamento de los indios!

—¡No te juntes con los negros!

Había venido una india joven: ojos cafés, brillantes, senos que pugnaban bajo la tupuyina medio floja, piernas gruesas que se enseñaban rápidas al andar. Uno de los jóvenes venidos de la Costa la deseó.

En las noches —esas noches cálidas, de invierno, en que no hay vientos de la cordillera— solían encontrarse lejos del campamento. El mozo era pálido, de ojos adormidos, de mirada febril. Y una noche...

La india se le iba de las manos; le hablaba:

—¿Ves? Te quiero... Como no te querrán nunca tus indios.

Ella bajó la mirada. La luz de la luna tembló sobre su carne remecida de coraje. Las manos de él estrujaban suave los senos. Los ojos de la india se habían oblicuado; la mirada se hacía intensa; los labios tremolaban, y su cuerpo vibraba, como vibra el agua cuando la remece el viento.

Del campamento llegaban retazos de voces en inglés, en castellano, en quichua. La hizo de él. Rasgó el aire el grito de ella.

El aliento de la noche cálida era de sudor. Subía del suelo olor de tierra seca, de los cerros venía olor a tierra mojada. Rozaba la quebrada un jadeo continuado, largo.

Nadie supo cómo –dizque una culebra– amaneció muriendo aquel muchacho. Cuando lo encontraron, tenía las ojeras de color violado y las venas hinchadas; deliraba:

–Me pagarán en dólares... La gringa... La india... Todas, toditas... Tan fácil que es... Dólares para mi vieja... Dólares...

Cuando Santander contaba esto, largo rato, luego de terminar, estaba callado. Él las había visto; lo mismo les sucedía a los hombres, pero más se acordaba de las mujeres.

Fue una tarde llena de neblina y sonada de viento. En una carpa, moría una mujer. Era una de esas palúdicas venidas en la crisis más aguda. La tarde era sucia de la arena que se levantaba.

Sobre un catre de madera, casi contra el suelo, estaba la mujer flaca, pálida, con la boca abierta de debilidad, y los ojos redondos que daba angustia verlos.

Cuando el viento roncaba entre los cañones de la cordillera, comenzó a temblar de frío. Pidió entonces:

–Denme más colchas, que estas no me abrigan.

Cuando le dieron las colchas siguió temblando. El frío era más hondo. El viento entraba remeciendo todo. Acercaron fuego a la cama. Pero el calor nada hizo. Entonces aconsejó una vieja:

–Denle aguardiente. Lo que tiene es frío metido para adentro, y el puro lo saca, lo saca.

Le dieron de beber aguardiente. Por la abertura de la carpa entraba arena que los hacía caminar encorvados como cachas de bastón. Levantaba las colchas de la cama. Y el aguardiente no quitó el frío de la mujer. Ella dijo:

—No es frío de afuera, este frío me sale de los huesos.

Se estremecía, remeciéndosele las mandíbulas, marimbándole monótonos los dientes. Con el viento, se metía arena en los ojos, en la nariz, en los oídos. Era tan alta la fiebre que desvariaba:

—Agua. Quiero agua. ¿No ven...? Allí está el río. Yo quiero agua, vean el río, denme agua.

Extendía las manos. Buscaba con los dedos separados. Se erguía. Los ojos se le vidriaban.

—¿Por qué me quitan el agua? Tengo sed. ¡Malos!

Lloraba, con las manos en los ojos.

—Qué malos; los hijos de María no querían darme agua. Y me pifiaban... Denme agua, por Dios, no sean así.

Lavaban las mujeres, sobre piedras, aprovechando el agua de la vertiente del cerro, y cantaban. El sol amarilleaba como las cabezas de las gringas. Las montañas se alejaban en el azul

Enrique Gil Gilbert

de la neblina. Los muchachos corrían y gritaban, jugando. La arena espejeaba.

A ellos los preparaban para ir a la montaña a romper roca, y, esperando, conversaban:

–¿Para cuándo estará terminada la obra?

–Quién sabe. Esto es largo.

–Cuesta mucha plata.

Y un hombre pequeñito y malgenio les dijo:

–Mucha plata y muchas vidas.

Quedaron callados meditando. Era cierto. Pero...

–Algún día se ha de morir, ¿qué más da que sea hoy o mañana?

–Nada da. Lo que hay es la forma de morir.

Esta vez reflexionaron. Allí estaba la roca abierta con la dinamita, y, en verdad, tenía la forma de una boca. El hombre malgenio se alegró de verlos tristes. Señalándolo a él, Santander, le dijo:

–Y ustedes, negros idiotas, son los que más se friegan.

La mañana seguía brillando. Las canciones salidas de las gargantas de las mujeres tenían no sé qué de atrayente. No contestaron nada. Se sonrieron. Atrás, estornudaban grandemente las explosiones de la dinamita, perseguidas de un ronquido de peña arrancada de sí misma.

Vino el convoy con carros de transportar cascajo, y allí se embarcaron. Iban unos contra otros, cayéndose a cada curva. Se reían.

—Así, cuando estemos arriba, vamos a parecer salchichas aporreadas.

—Lo malo es que no nos han de comer.

Subían por un desfiladero angosto, solo del ancho de los rieles. A un lado, la roca trepaba como un salto, y al otro, el precipicio hondísimo se escurría como agua. Por momentos se aclaraba el golpeteo de los martillos y los picos contra la roca. A cada explosión gritaban con alegría:

—Cárgale al cariño.

—Ahora, abran cancha que allí va la niña.

Oían atentamente el rumor del despeñarse, para decir:

–Lleva cola larga la novia.

Veían a los hombres escarbando el granito. Se los suponía enanos golpeando y que sus golpes no hacían nada a las montañas. El contraluz del sol los hacía más pequeños. Se achicaban en los senos hondos de los cerros heridos. Los saludaron con los sombreros y gritando. Mientras más subían, más claro oían:

–¡Allá esa niña!, ¡apárenla si pueden, maricones!

–Ahora queremos verlos.

Caía rebotando un pedrón enorme de arista en arista del gran cerro y aullaba contra el aire como un perro apaleado.

Arriba, los amarraron con cabos por la cintura. Se resbalaron temerosos al precipicio. Los otros regresaban en el convoy en que vinieron ellos, despidiéndose también a gritos. Quedaron suspendidos, balanceándose tal que hojas de plátano al viento, sobre una hondonada. Apoyaban únicamente los pies en la pared vertical.

La brisa mareaba, acompañada de la altura. Les cosquilleaba por la espalda un frío especial, y los angustiaba raramente en el estómago, así como cuando se golpea fuerte uno.

—De aquí sería sabrosa una caída.

La roca parecía un tumor corrompido, con su color violado, verde a partes.

—Cayendo de cabeza se haría su cualquier cosa, ¿no?

Estalló una dinamita. La roca tuvo conmoción de carne. Nunca lo habían sentido tan cerca. Allá abajo solo llegaba un ronquido sordo; acá se estremecía la roca y ellos pendían en el vacío, se mecían en el ulular de la carne pétrea. La sensación de caerse, de hundirse, los hizo palidecer.

El Toribio, desmayado, colgaba de la cintura con los pies y la cabeza para abajo. No había quién lo socorriera, y debía estarse así hasta que recobrase el conocimiento. Juan Prieto intentaba subirse por el cabo, gritaba:

—¡Ey! ¡Carajo! ¿No ven a ese hombre?

Enrique Gil Gilbert

Nadie lo veía.

—¡Ese hombre puede morirse!

—¡Todos son salvajes, salvajes de verdad!

No habían visto a Pedro Moreira guindando con las manos cogidas del cabo, y todo el cuerpo al aire, chillando:

—¡Socorro! ¡Me mato! ¡Socorro!

Miraba a la quebrada con expresión de susto. Los ojos abiertos, las cejas arqueadas, la boca torcida y el pelo sudado y separado.

De arriba vinieron y alzaron los cabos. Eso sucedía siempre. Decían que los hombres más débiles eran los que más sufrían.

Tres días trabajaron y regresaron al campamento.

El indio Chiluisa era idiota. Estaba esa mañana diluyendo polvo de sol entre sus manos. Sus manos eran unos garabatos sucios, huesudos, ariscos y repugnantes. Tenían una semejanza con aquellos sapos que nos miran desde sus pantanos, hediondos. Su boca rajada de viento tenía llagas purulentas: allí paseaban moscas,

muchas moscas, sobre la sangre coagulada guindando de sus labios.

Pasaron mujeres perfumadas de viento y de sol. Barbotaba alegría de sus labios pulposos y sonreídos. Venían frescas, rociadas con agua del Agoyán cercano, y brillaba el sol en sus brazos redondos y en sus senos como naranjas.

Los ojos viscosos de él no las veían. Diluía y diluía polvo de sol entre sus manos.

Los hombres con las camisas abiertas descubrían sus pechos, hendidos al medio por los dos mates hinchados de sus músculos; sus brazos caían a lo largo y sus manos se ocultaban en los bolsillos. El pelo mojado saltaba al viento.

De lejos, venían brincando como conejos los golpes de los trabajadores.

A su lado, sobre el suelo, caminaban, produciendo un sonido sordo y monótono que lo iba adurmiendo. Sonreía con la boca hinchada; sus ojos giraban redondos, sin expresión, abiertos tal que boquerón de cueva, oscuros, idiotas; el pelo hirsuto le caía a mechones sobre las sienes.

Santander sabía por qué era idiota el indio Chiluisa. Y narró, con un poco de locura y otro poco de pena.

Pocos lo oyeron. Estaban en una carbonera, embarrados de cisco negro, polveados de humo. El negro echaba agua sobre el horno. No había sol sobre las nubes; unas espesas, plomas, lo tapaban. El calor era una cosa densa, que se sentía, como si estuvieran dentro de mazamorra. Con el cigarro viejo en la boca—tan viejo y tan mascado como el mismo negro Santander— les contó:

Aquella noche el viento era un soplo cálido y enervante como un aliento, y suave como una mejilla de niño. En la hondonada chisporroteaban las luces de las carpas. Las fogatas iluminaban a medias con su resplandor rojizo a hombres y mujeres. Los hombres sostenían con sus cabezas las cabezas de ellas. Cruzaban sus manos sobre los vientres de ellas. Las mujeres se hacían hacia los hombres y punzaban sus pechos con los senos avanzando bajo el traje de tela fina.

Bebían.

Una costeña amparaba en su regazo la cabeza de un serrano, acariciándole los cabellos con laxitud, lento. Miraba a sus ojos con una brillosidad profunda, más negra y más luminosa que la noche.

Bebían.

Vieron a un gringo al calor luminoso de la fogata. Casi borracho, hablaba en su idioma. Se perfilaba su nariz, los ojos a momentos se le cercaban de violáceo y perdían la fijeza. En las hogueras crujían los trozos secos de leña. Sus manos cimbraron el cuerpo de una longa. Ella lo miró, tembló como las telas de las carpas al viento. Mató un grito en su boca abierta. La besó rabiosamente, hundiendo su boca en la de ella. La longa nada hizo; se le amarró el susto y la inmovilizó. No consentía, pero la fuerza de él pudo. La vio alejarse avergonzada, llorosa, a esconderse en un recodo del campamento.

La luna iniciaba su luz. Se extendía el humo del gran cigarro de la noche, haciendo los

montes medio irreales. Esa noche él y el indio Chiluisa estaban juntos. Y Chiluisa dijo:

—Mejor será que caminemos.

Esquivando los grupos, se iban por los caminos solos. Chiluisa lo quería, porque tal vez así, arrimados a la montaña, cobijados por el palpitar de ella, recordaba la choza. Allá, el trotar por los caminos blancos, saludando a todos. Allá, tan lejos, la yunta, los bueyes a las cinco de la mañana, bramando tan oscuramente, como si aún conservasen en ellos retazos de noche. Y el trabajo junto a la Rosa, entre pellizcos, risas, hasta unirse encima de los surcos, encima de esa tierra abierta y gris, sin vergüenza, bajo la contemplación taciturna y vaga de los bueyes. Todo eso tan pesado, tan distante de esta vida hecha a la fuerza, extrañando la parcela de la comunidad.

Mientras iban, encontraron a un hombre y una mujer, tendidos en el suelo y abrazados; ella, con el pelo rubio suelto, largo, con la blusa desabotonada, dejando los senos pujantes bajo la chaquetilla. No hablaban. Se miraban con una mirada cortante, aguda, como una cumbre

de nieve al sol. Los vieron al indio y al negro y riéndose dijeron:

—¡Esos andan fregados!

Y, groseramente, entre ellos, se besaron y se acariciaron, tornando a reír. Ambos continuaron caminando; Santander con el recuerdo de la garganta de ella en el momento de la risa.

Sobre la arena espejeante de luna, vieron a una india joven caer rápida, despojarse del anaco, y mostrar sus muslos cobrizos y henchidos; y a un gringo caer sobre ella.

Siguieron. El indio tenía los ojos tajantes. Se mordía las manos y gritaba:

—¡Auuuuuuuu!

Santander oía apelmazados los gritos, los jadeos; todo el campamento hervía; los gritos venían como pedradas. Chasqueaban besos. Junto, casi a sus pies, oyeron un suspiro larguísimo. En un recodo, la voz de unos borrachos dijo, al oír un grito de mujer:

—¡La fregaron!

Y rieron, con una carcajada arrugada de aguardiente.

Cerca a una carpa, yacían abandonadas, con los trajes levantados, unas mujeres ebrias.

Hubieron de detenerse junto a una tienda blanca, porque oyeron hablar en voz baja. Un hombre y una mujer morena hablaban. Por un hueco grande entraba la luz de la luna y la iluminaba. A él se lo sabía en la sombra. Sus manos se alargaron hasta ella y comenzaron a desnudarla. La mujer solo sonreía con los ojos entornados. Comenzaron a temblar.

Santander abandonó su sitio: sentía ansias de clavar sus dientes en carne, de palparla, de estrujarla entre sus manos callosas. Caminó hasta encontrar a una mujer. La derribó. No se acordaba de si hubo lucha o no. Pero no solo era él. Entre las sombras eran violentadas las mujeres. Algunas forcejeaban. Vio él a una luchar en el suelo; envuelta al hombre, rodaba, rodaba, hasta ser vencida. Le caía el pelo en la cara y no lloraba, sino que miraba al hombre con furia, despechada. Y también recordaba a una jovencita seguida por un

hombre alto. No podía distinguirlos. En la carretera rompían la noche, manchándose de oscuro, o trizaban la luz roja de las hogueras, demasiado violentamente. Ella huía desesperadamente tímida, volviendo la cara, hasta que el hombre la acorraló.

Él –Santander– quedó dormido en la sabana. Después se acordaba del indio. Estuvo inclinado en el suelo, con la cabeza junto a las rodillas. A la mujer morena de la carpa siempre la había mirado de una manera extraña. Al día siguiente, estaba Chiluisa con cara de enfermo: ojos opacos, ojeras profundas.

Desde entonces fue vicioso en él mismo, hasta quedar idiota y solo saber diluir polvo de sol entre sus manos.

Fue una noche de invierno, cálida y negra. Santander no estaba del todo loco y, reunidos en el galpón grande, les narró –como siempre– mal. Dejaba ver en sus ojos, en su cara, que revivía aquella vida. Hablaba desde muy lejos de ese momento, lentamente, con su mezcla de inglés y de castellano, royendo las palabras.

Enrique Gil Gilbert

Miraba más allá, donde no entraba su idioma para salir hasta los peones. Mas él veía todo intacto, como entonces.

—Don Santander, cuente cómo se hizo la Nariz del Diablo.

Todavía no soplabla el viento del aguacero. Hacía calor y las cigarras chillaban hasta reventarse. El ganado mugía ronco y largo. El estero cercano se rayaba de fulgores verdes.

—Don Santander, ¿cuánto tiempo estuvo usted en este trabajo?

—Lo menos, tres años.

Las yeguas correteaban inquietas. Ladraban los perros. Un gato entró al galpón con el lomo erizado.

—El gato atrae el rayo, por eso se esconde.

—Cuente, don Santander.

Alumbrados a vaivenes por la luz movediza del candil, se acomodaban para escuchar. Él, arrimado a la pared, mascaba su cigarro. Juan Sánchez, el vaquero, tejía una cincha de cerda, y estaba atento. Los demás, tumbados,

fumando, se inquietaban por oír. Se aventó, revolviendo el candil y los pelos, una ráfaga dentro del galpón; movió la hamaca de Jesús Vega, que trinó como un quejarse, y entró frescamente un olor a tierra mojada. Miraron todos a la ventana, con el pelo alzado y las camisas volando.

–No es nada más que el viento.

–Cuente, don Santander.

Y él contó:

Tallaban la roca –como ya había dicho–, y un día volvieron del trabajo, y supieron los que no habían ido.

–Ahora sí que es cierto, lo vimos todos.

–Estaban los negros colgados y muertos.

La dinamita retumbaba ronca de minuto en minuto. Los chicos se acercaban. Muchos, muchos hombres subieron y no regresaron; no se sabía de ellos.

–También vuelan con la dinamita.

–Van esperjeados, los brazos y las piernas por su cuenta.

Ordenaron que subieran. Y no obedecieron; se agruparon –indios, costeños, serranos, gringos, negros–, se opusieron a ir al trabajo.

–No es posible. Hemos venido a ganar la plata.

–Y nos matan como si fuéramos animales.

Los negros eran los que más padecían. Los vieron enlazados por la cintura, muertos. Antes, habían pedido muchas veces que los subieran, que tenían sed. Y si no, allí estaba lo que hizo el negro Borell: guindado desde las seis de la mañana, trabajaba con la pica tallando la roca; se paró, cogido del cabo, y gritó:

–¡Pasen agua, que tengo sed!

Nadie le contestó. Siguió trabajando hasta las once. Entonces el calor lo alocaba. El sol estaba en un cielo azul, azul.

–Denme agua, que tengo sed.

Los sobrestantes pasaban diciendo:

–Es negro, que aguante.

El sol se hacía más caluroso. La roca restallaba su foete canicular sobre la cara del negro. De arriba, los hombres veían sin decir nada.

Sudaba y picaba la roca. La piedra saltaba astillada a su cara. Le ardían los ojos. Tenía la boca seca.

—Denme agua, maldita sea.

Ya no trabajó más. Intentó subirse por el cabo. A la mitad le faltaron las fuerzas y cayó gritando, con las manos alzadas y abiertas las piernas, como una piedra más, de cabeza contra una saliente. Dejó manchada la piedra de sangre y sesos. Lo vieron muchos y gritaron:

—¡Ustedes tienen la culpa que no le dieron agua!

Y le respondieron:

—Eso no es nada, pasa siempre.

Por eso estaban amontonados. Ocupaban una hondonada pequeña; allí estaban en muchedumbre, flacos, con las blusas rotas, los pies y las manos hinchadas. Estaban los indios que nada decían, sino que aullaban y tocaban un cuerno desde las colinas; los costeños que accionaban y gritaban; los negros hediondos, casi sin ropa; los gringos hablando enfurecidos.

—¡No trabajamos si no se nos garantiza!

Vinieron los capataces con foetes en las manos.

—¡A trabajar, se ha dicho!

—¡Van por buenas o por malas!

Estaban borrachos. Tenían botas-rodilleras, pantalones de montar y gruesas camisas. Eran cholos costeños, longos interioranos, gringos del norte. Al verlos, algunos se calmaron. Muchos indios se dirigieron a los carros.

La dinamita bufaba. Cuando vinieron nada se les dijo. Se los trajo, explicándoles que era una gran obra que hacía el general Alfaro, que la patria haría de ellos un río de glorias. La dinamita rugía. Ahora se les obligaba a trabajar. A veces les adeudaban hasta dos semanas. Se volvieron contra los que iban.

—¡Ey! ¿A dónde van?

Y, de entre ellos, salió un gringo ancho de pecho, y, con voz potente, les dijo:

—Es lo mismo de siempre. Nos han engañado. Matan a los negros y a los indios y hasta a los blancos. Nos falta comida. No debemos trabajar, porque nada sacamos.

Y todos asintieron en coro:

—Que no se trabaje.

Entonces los capataces se lanzaron contra ellos, flagelándolos con los foetes. Se cubrieron con las manos la cara. Él —Santander— vio a un gringo que estaba a su lado, con la cara sangrando a hilos, llorar. Más allá, le pegaron en el ojo a un indio, y se botó el herido contra el suelo a restregar la cabeza en la arena, loco de dolor. Santander se encolerizó. Tenía un pico en las manos. Al pasar tras un capataz lo golpeó sobre el hombro, hasta verlo tendido, contorsionándose igual que un ciempiés. En su espantarse creyó el delito inmenso. Corrió a esconderse.

Los hombres agrupados se dispersaron así como las yeguas cuando les pica el tábano.

Se escondían bajo las salientes de las rocas. Y los capataces tras ellos los arreaban a gritos, a insultos:

—¡A trabajar, hijos de puta!

Corrieron unos costeños. Detenidos al borde de una quebrada, dudaban, volviendo la cabeza. Agarrándose la con las manos se lanzaron hueco adentro. Los seguían siempre latigueándolos.

Enrique Gil Gilbert

Resonaban los fustazos sobre las espaldas. La punta de los látigos hería como punta de candela.

Los alaridos de los hombres asemejaban alaridos de caballos heridos.

Silenció el negro. Con los ojos medio cerrados, vio su vida dejada. Lejos, allá, en un arrozal lleno de agua, blanca la extensión, dorada del sol por encima, gruesa de blancura como carne de coco. Lleno estaba todo el grito pampero del tambor y del trinar dolido de la marimba negra y del roncar de patada de los bongós. Gritaban alegres los bailarines. Era él tan muchacho que se entretenía viendo el arrozal: ¡si todo eso volviera!

–¡Ya no sería loco el negro Santander!

A él mismo lo extrañó su voz. Comprendió en la sonrisa de los peones el creer de ellos en su locura.

–No es locura, no; me acordaba...

–Pero no acabó de contar de la Nariz del Diablo.

–Cierto, cuéntenos...

Y él habló.

Los reunieron en manada. Más o menos doscientos hombres. Los metieron en los carritos de llevar cascajo. Subieron por el mismo sendero de siempre. Tronaba la dinamita. Era de hacer una escalera vertical en la roca, una escalera en zigzag, como una gran zeta perpendicular a la quebrada. Les saludaron los trabajadores de la cuadrilla que esperaba al reemplazo.

Ahora no los bajaban a trabajar, sino que los subían con poleas. Trabajaron molestados por un ventarrón frío que traía arena, que la metía en la boca, los ojos, los oídos. Hacía sed. Se rajaban los labios. La roca tenía color de carne; rojo oscuro con vetas grises. Se mecían. Y atolondraba el chillido de las poleas. Tenía una vaga semejanza con el gritar de un niño. La pica, al chocar contra las piedras, producía un sonido de vidrio y de metal. Poco antes de bajar estalló la dinamita, muy cerca de donde estaban ellos. Tuvo un sonar horrible, como si la roca entera se trizase en mil pedazos.

Enrique Gil Gilbert

Santander estaba bien hasta contar esto. Aquí le saltaron los ojos, los fijó en el infinito y, entre inglés y castellano, dijo:

—Los vi, muchos, sí, muchos volaron junto con las piedras... Y yo vi a Johnson quedar muerto y amarrado con la cabeza rota... Y antes también vi negros, ¡pobres negros!, amarrados y muertos de tres días...

El negro se remecía recordando. Se quedó con los ojos abiertos, con las manos crispadas contra el pecho, y articuló:

—Oro... Veta de oro... ¡Nos mataron a bala...! Vimos oro... ¡Oro...!

Y le preguntaron:

—¿Qué? ¿Hubo oro, don Santander?

Él divagaba.

—Los indios muertos en una zanja, amontonados, muertos cagando sangre...

—¿Y no vio el oro, don Santander?

—Oro..., sí, oro... Indios muertos, negros amarrados, blancos.

Pero después, cuando los días se apagaron como velas, sopladados por el tiempo, Santander seguía contando. Ahora, ellos recordaban bien:

Trabajaba una cuadrilla de indios al pie de un cerro. Era en invierno, tenían los pies enterrados en el barro, hasta casi cerca de las rodillas. Jadeaban de tanto picar con la barreta. Quitaban las piedras caídas en alud la noche anterior. La mañana era oscura y arrinconaba de frío a los hombres. Los indios, sin embargo, jadeaban. Tenían las venas de la frente hinchadas, gotas de sudor resbalaban por sus caras grasientas y pálidas. El vientre subía y bajaba fatigosamente como si estuviera vacío. Semejaba a los cuellos de los sapos que, salidos del agua, miran al cielo.

De rato en rato caían piedras del cerro. A un indio viejo que estaba corcovado sacando piedras con una lampa le cayó un pedrón rojizo sobre la espalda. Salió de su garganta un gruñido sordo como un gran atorarse. Cayó bajo la piedra; quedó aplastado, con los brazos como sacados por las orejas, y las piernas abiertas,

igual que los grillos que aplastan los muchachos. Le salía sangre por los oídos.

Trabajaban en la línea recién hecha. Tenían que dejarla limpia pronto para que pasara el convoy con más trabajadores, los de arriba, donde tosía la dinamita. Los vigilaba un capataz serrano, y eran como cuarenta hombres. Se iniciaba una garúa menuda. El frío rasgaba como espina de cabuya. Al indio viejo se lo llevaron en una hamaca, tapado con un poncho para que no diera pena el verlo.

A la media mañana, se desgajó la peña, arriba en la montaña, con un gritar sordo y bronco.

—¡Guarda, que viene piedra!

Botando las picas y las palas, corrieron, con las manos cerca de la cara como si se guarecieran. Había mucho lodo y resbalaban, levantándose a veces rojos de la tierra de piedra, a veces negros de lodo. Cuando se detuvieron había cesado de aullar la montaña y también había terminado la gran ducha pétreo. No querían volver al trabajo. El capataz les prometió jornal doble. Se negaban, meneando la cabeza,

no hablaban. Tenían los ojos mirando al suelo, las manos cogidas sobre la cintura, inclinados un tanto hacia adelante.

—No vamos. Piedra cae. Podemos morir.

—Es que hay que hacerlo; este trabajo debe terminarse hoy antes de las seis.

Continuaban negando. Quietos, tristes, impenetrables, con la cara sudada y el pelo agitado. El capataz sacó una pistola para obligarlos a ir. La vieron.

—Así des matando, amito, ca no hemos de ir.

El capataz se enfureció. Disparó e hirió a uno. Se arqueó el herido como un sesgo y sin gritar se echó al suelo.

—Si no van, ya ven lo que he hecho.

Fueron todos, caminando lento, y él atrás, amenazándolos con la pistola e insultándolos:

—¡Animales del carajo! ¡Tanto que se hacen rogar para que trabajen!

Trabajaron, huyendo cada media hora. La piedra caía. La lluvia arreciaba. Venía un ventarrón que graznaba al rozarse con los picos de

las montañas. Era más difícil sacar la tierra hecha dura en barro.

A las tres de la tarde fue un alarido inmenso de la montaña, un arrastrarse en galope a las piedras con un ruido que atontaba. El capataz corrió el primero. Ellos se quedaron mirando la montaña y corrieron, cuando una piedra no muy grande aplastó la cara de Chuquicela y lo tiró de espaldas. Pero el alud asomaba su boca de dientes de piedra. No quedó uno. Largo tiempo vibró en el aire el grito de la montaña.

Él –Santander– los veía aún en su imaginación. Sí, los veía bajo ese toldo gris de tierra que los envolvió: con los brazos al aire, muchos arrodillados, con la cabeza entre las rodillas y las manos sobre la cabeza; algunos quisieron salir del toldo y las piedras los fracasaron por la cintura, como a un árbol decapitado. Algunos, heridos en el tórax, se arrastraban con las manos, mientras las piernas eran una cola inútil, gritando espantosamente. No quedó uno.

Santander callaba. Con la cabeza agachada, murmuraba su voz quebrada de vida dura:

—Yo ya soy viejo, pero me hice más viejo allí.

Estaba triste. Todos callaban. La voz del negro, rota en andrajos de recuerdo, seguía comentando:

—¡Y había algo peor!, lo cuentan muchos y debe ser verdad: que mataban para no pagarnos.

En los labios negros y gruesos asomaba una sonrisa de desengaño. Los demás que lo oían no comprendían, en verdad, lo que opinaba el negro.

—Pero, don Santander, si el ferrocarril es lo mejor...

Él los cortó groseramente.

—¿Ustedes qué saben?; ustedes no han trabajado allí. El negro se hizo viejo en la línea.

—Alfaro, y dicen que García Moreno también, fueron los que hicieron la línea. Por eso ya el uno tiene estatua.

—Ellos no hicieron nada, no trabajaron.

No; ellos no comprenderían lo que les dijo Santander. Y a más, Santander era loco, y:

—Los locos no son hijos de Dios.

Enrique Gil Gilbert

Adentrado en la noche, rompía lo oscuro con el brillo de sus ojos, con el rechinar lechoso de sus dientes. La barba ceniza se hacía dos puntas que salían de los mentones, dos puntas gemelas a los cuernos de pelo sobre la frente. Su ropa rota caía en trapos sobre el cuerpo. Su voz, la voz lejana, desde la línea, hasta ahora mismo, decía:

–¡Negro Santander se va a morir!

Los peones nada hablaban. Chillaba el silencio como un grillo.

–De repente se muere el negro Santander.

Se levantó a irse a dormir en una canoa vieja, junto a un árbol abierto de tronco.

–Todo mundo odia a negro. El negro es pobre, es bueno.

Enrique Gil Gilbert (Guayaquil, 1912-1973). Político, cuentista, novelista y dramaturgo. En 1930 escribió, con Joaquín Gallegos Lara y Demetrio Aguilera Malta, el libro de cuentos *Los que se van*, con el que se inauguró en Ecuador el realismo social. En su obra rescata las voces de los grupos menos favorecidos de la sociedad: cholos, montubios, afrodescendientes e indígenas. Fue integrante, junto a José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Alfredo Pareja Diezcanseco, del Grupo de Guayaquil (también llamado «Cinco como un Puño»).

La noche de los ceibos

Adalberto Ortiz

En la gigantesca medianoche de las arropomorfas ceibas, un grito estentóreo conmovió sus oídos somnolientos:

–¡Inocencio Loor...! ¡Inocencio Looooor...!
¡Inocencioooooooooooooooooooooo!

El hombre dejó la cama, presa de un sobresalto confuso, pues era la segunda vez que alguien lo llamaba desde la oscuridad, sin ningún motivo aparente. La primera fue el martes –día fatídico–. Para entonces no le puso mayor atención, porque creyó fuera broma de algún borracho trasnochador. Pero ahora, arrimado al antepecho de la ventana, mirando escudriñadoramente hacia el umbroso bosque de

aquellos ceibos –verdosos gigantes dormidos de pie–, sintió miedo: todo era silencio en derredor, fresco vacío, nadie iluminado por una luna grande que proyectaba sombras fantasmales. ¿Qué significaba esa llamada misteriosa en la alta noche? ¿Qué diabólica intriga se cernía sobre su cabeza? De súbito recordó que, antes de venir a vivir en este lugar –de eso hacía unos tres años–, su primo Manuel le había contado que, en ciertos pueblos de la provincia de Manabí, algunos asesinos daban ese grito preventivo a sus víctimas, a fin de que se prepararan a bien morir o para que dejaran arregladas sus cosas antes de la postrer partida.

Entonces comprendió que estaba condenado a muerte. ¿Por quién? La pregunta saltaba como un peje. ¿Quién o quiénes lo amenazaban? ¿Por qué causa? No recordaba enemigos capaces de querer asesinarlo. Pues, no los tenía, sencillamente, o creía no tenerlos, puesto que ni siquiera se metía en política, ni con mujeres ajenas, ni pleiteaba con nadie por cuestiones de linderos. ¿Qué

asuntos debería entonces arreglar antes de que lo mataran...? Morir... ¿Quién ha hablado de morir...? Ni pensarlo... Más que intrigado se retiró de la ventana y miró la silueta abundante y apetitosa de su mujer, recostada en el camastro, donde parecía dormir. «Sigue siendo buena hembra», pensó. Miró luego al niño que reposaba en su cuna. Después de cinco segundos de contemplación, llamó a media voz:

–Paula... ¿Estás dormida?

–Sí, estoy dormida –contestó ella, tratando de animarlo con esta suerte de chiste.

El hombre sonrió, dolorosamente, en la oscuridad.

–¿Oíste los gritos?

–¡Claro que los oí! Es la segunda vuelta que te llaman, y eso me tiene muy asustada. ¿Quién crees que será?

–Eso es lo que yo quisiera saber... De todos modos voy a tener que bajar para ver qué es lo que quieren estos malparidos.

Nunca retrocedía ante el peligro. Inocencio, sin ser lo que se llama un valiente, sabía afrontar las situaciones difíciles. Un estremecimiento recorrió su cuerpo curtido, que soportaba ya el peso de unos cuarenta años. La cosa parecía seria. Era el miedo, ese miedo que le saltaba a veces, pero que le gustaba vencer. Haciendo de tripas corazón, resolvió salir de su esquelética casa, que por no tener tiendas ni departamentos bajos era más expuesta a emboscadas desde los alrededores. Cuando uno descendía las escaleras, alguien escondido podría tirarlo.

El viejo revólver Galán le temblaba ligeramente en la mano derecha. Al fin sus pies tocaron la tierra calcinada por la prolongada sequía. Miró la silueta de la ruinosa iglesia coronada por una cruz decrepita. «Pronto tendré yo también la mía», pensó sin querer, y se persignó con rapidez. Miró hacia aquellos lados, que no había podido observar anteriormente desde la ventana, y halló el mismo vacío silencioso. «Seguramente no imaginaron que yo iba a atreverme a bajar, si no me hubiera aguaitado».

La mujer descolgó la vieja escopeta de caza de dos cañones, y desde la oscuridad apuntó cuidadosamente hacia la calle... Divisó a su marido, solo por un instante, porque luego se le perdió sigilosamente en el portal de una casa vecina... ¿Iría tras de alguien?

Al cabo de un largo rato, en la lejanía, se oyó cantar un pasillo aguardentoso, con un dejo montubio y familiar. Paula, estremecida, permaneció atendiendo aquella serenata romántica y se distrajo, asentando el cañón de la escopeta.

Inesperadamente, su marido susurró junto a su oreja, haciéndole dar un salto:

—¿Qué haces allí, levantada y con esa escopeta?

La mujer, sorprendida, titubeó un poco.

—Este... ¿No viste que te estaba guardando las espaldas desde enantes?, por si acaso...

El hombre se sintió tan orgulloso de su hembra como de él mismo, que se había atrevido a bajar en aquella noche amenazadora. El dominarse le producía siempre cierto bienestar.



Aquel amanecer se prolongó como nunca, entre los que recordaba Inocencio Loor. Los cantos de los gallos le sonaban interminables, la valdivia arrullaba lúgubre en la espesura al pie del cerro, alternando con un lejano diostedé. «Mal augurio si estos pajarracos andan juntos. Alguien va a estirar la pata, Dios quiera que no sea yo». El hombre se volvió a persignar. Ahora que recordaba, el raro silbido del pequeño linchín le había sonado muy de cerquita, durante varios días, insistentemente, anunciando la visita de algún enemigo. «¡Malditos sean los pájaros del mal agujero!». Al fin, después de muchísimo tiempo, de muchísimas horas, llegó el día como una esperanza vital y los fantasmagóricos ceibos, cíclopes verdosos guardianes de misterios de siglos, sacudieron su somnolencia y se dibujaron soberbios en toda su imponente realidad.

Contra su costumbre, tomó tarde su desayuno: café puro, con bolón de verde asado y sal prieta. A eso de las diez de la mañana, se

encaminó en busca de Hermógenes Delgado, uno de los habitantes más antiguos del pueblo, conocido por su bondad y rectitud.

—¿Qué tanto bueno lo trae por esta casa, compadre? —le preguntó afablemente el anciano, quien era padrino de su chico.

—De bueno, nada, mi compa. Nomás que el destino del cristiano lo pone a veces a uno en aprietos, y entonces hay que buscar ayuda en otro cristiano, ya sea en plata o en consejos.

—Mejor que sea solo en consejos, porque la plata es la que escasea con la falta de lluvias —respondió sonriendo el dueño de casa, al par que le extendía su mano cordial—: Venga, tome asiento y cuénteme lo que le pasa.

—Pues verá, compadre, hay un fulano que me ha puesto el ojo, y el muy desgraciado sale a llamarme por las noches, y me hace sentir como cucaracha en pico de gallina.

—Umjú. Mala cosa es esa —dijo sentenciosamente el viejo—. ¿Quién podrá ser? ¿Cree usted que sea de por aquí?

—Seguramente, porque yo no tengo enemigos por otros lados, y pensaba que aquí tampoco.

Luego de una breve evasión silenciosa y reflexiva, regresó a lo que estaba.

—Como usted conoce bien a la gente de este pueblo, quiero que me ayude a descubrir pa' adelantármelo, si es necesario.

Inopinadamente, las tablas del piso crujiéron levemente y un hombre joven salió de la habitación vecina, cruzando miradas con el visitante. Saludaron. Inocencio reconoció a Zenón, el hijo menor de su compadre, llegado hacía tres meses desde Calceta. Tenía fama de jugador de gallos y conquistador de mujeres. Evidentemente, por su aspecto del momento, dedujo que el mozo acababa de levantarse chuchaqui y que iba para la cocina en busca de algún jugo o café. De golpe, se le presentaba antipático. Le observó algo de ladino, que lo hacía ponerse en guardia como a un animal arisco, aunque razonablemente era absurdo que llegara a detestar al hijo de un buen amigo, solamente por su mirada. Sin

embargo, aquel sentimiento aparecía como una erupción alérgica en la piel.

Sobrepasando la interrupción, el anciano reanudó la plática, con un tema coincidente:

–Bueno, la verdad es que a veces se tienen enemigos sin saberlo. Gente que lo odia a uno por puro gusto.

–¡Así es la vida! Hasta en los animales se ve eso, compadre.

Inocencio pensó en sus propios sentimientos de endenantes nomás, y quedó sumido en un silencio.

El viejo reanudó.

–En estos casos, lo mejor es no salir de noche, ni entrar al monte, porque lo pueden tronquear. Y como dice el dicho: «Hombre prevenido vale por dos».

–Bueno, eso es lo que yo he pensao también, pero seguramente no lo haré porque me gusta dar la cara siempre, y dejar bien claras las cosas.

Y pronunciando estas palabras, se levantó para retirarse, con el ánimo más agrio e impotente de lo que había llegado.

Aquel día no pudo trabajar en su chacra, ni ocuparse de negocio alguno que no fuera el de ir a la cantina del serrano Sandoval, para meterse unos traguitos entre pecho y espalda, en compañía de otros adictos de ocasión, que nunca faltan. Para las cinco de la tarde, no había almorzado todavía, y como hombre de organismo poco acostumbrado a estas alegres faenas, se sentía tan borracho que, semiinconsciente, suspendió las libaciones, retirándose a su casa para dormir la jumera, tan profundamente, que solamente vino a despertar a la medianoche, gracias a las violentas zamarreadas de su mujer.

—¡Inocencio Loor...! ¡Inocencio Looooor...!
¡Inocenciooooooooooooo!

Alguien lo llamaba y lo provocaba nuevamente desde las sombras distantes. La misma voz, el mismo maldecido enemigo amenazador que surgía ahora entre los algodones densos del alcohol evaporante. La cabeza le dolía un poco. Sintió la necesidad de bajar otra vez y castigar al alevoso, para demostrarle cómo son los verdaderos hombres...

Después de un silencio suspenso, ella se atrevió a sugerir algo raro:

—¿No será tal vez un ánima en pena que te anda buscando pa' mostrarte el sitio de alguna huaca...? Sería bueno que bajaras a ver... Porque, según dicen, así pasa cuando una pena se aficiona de uno...

Entre la indignación que le producía la ominosa llamada y la sugestión de su mujer, un falso destello de ilusionada codicia, proveniente de los recodos de la superstición, iluminó su espíritu acosado:

—A lo mejor. Dicen que «no hay mal que por bien no venga».

—También aseguran que «el muerto sabe a quién da su plata» —remachó la mujer.

En su voz había un acento, no escuchado antes. «Seguramente tiene miedo, y eso la hace cambiar de voz». Reflexionando bien sobre aquella sugerencia de su mujer, se veía que era una majadería. Lo real era que un fulano lo amenazaba y había que enfrentársele. Pero para que su Paula no se preocupara, había que llevarle el amén.

Mas la verdadera decisión fue la de bajar y arrostrar nuevamente el peligro. «Ahora o nunca». Pero cautamente, sin exponerse mucho...

Silencio absoluto otra vez. En la noche lunar y fantasmal de los ceibos se esforzaba por descubrir al diabólico emboscado. «¡Qué bueno sería si apareciera una de esas llamitas que suelen llevar las ánimas en pena para mostrar al cristiano sus tesoros escondidos...! Idioteces». El revólver le siguió temblando ligeramente en la mano. Y lo caro que le había costado... La espera se alargaba demasiado... Salió a media calle...

De pronto, un relámpago rojo-amarillento brilló a sus espaldas, y un trueno como un azote lo remeció sin dolor alguno. Instintivamente viró a ver hacia la ventana de su propia casa, iluminada oblicuamente por la luna, y miró con los ojos desorbitados que alguien lo apuntaba con la escopeta. Con rapidez se echó al suelo y, sin atinar, disparó dos veces, desconcertado hasta la médula. Sentía una cálida y pegajosa humedad que le chorreaba desde la espalda:

«Sangre, seguramente». Repuesto levemente de su sorpresa, creyó distinguir no solamente una vaga sombra de persona, sino de dos: ¡Paula! ¡Su propia Paula...! ¡Increíble! ¡Y alguien más, que parecía forcejear para arrancarle la escopeta! ¿Estaría la pobre siendo víctima de algún asalto? Pero no. No era eso. ¡Estúpida esperanza inspirada por el amor! Más bien por el amor propio, que no concibe que nos suceda traición semejante. Comprobó con asombro que el otro era Zenón, ¡el parrandero...! ¡Su corazón no le había fallado! Los dos amantes disputaban en silencio. ¿Por qué...? ¿Cuál de ellos lo había herido? Cosa rara, la herida no le dolía. Era evidente que ellos se entendían. Al fin, la mujer recuperó el arma y volvió a apuntar. «La gran perra, quién lo iba a suponer, tan buena que parecía... ¡Mojigata...! Y el desgraciado ese... Si yo pudiera darle... ¡Ayúdame, Señor!». Las magras fuerzas comenzaron a fallarle, la vista se le nubló. Pero el dios de la venganza tiene, en ocasiones, buena puntería. Apretó otras dos veces el gatillo de su Galán, y ahora ya no falló. La una bala impactó en el pecho de la mujer y

la otra en el brazo izquierdo del maldecido enemigo, que, dificultosamente, se aprestó a huir por la parte trasera de la vivienda.

«Qué dirá el compadre Hermógenes cuando lo sepa»... Sueño profundo, invencible... Sueño... Sueño... Sueño...

Como en aquel pueblo nadie se alarmaba por uno que otro tiro en la noche, ninguno salió a mirar. Y así, los heridos se desangraron hasta el final: Inocencio regando la tierra reseca, y la oscura sangre de Paula filtrándose entre las rendijas del tablado...

Una valdivia cantaba fúnebre en la espesura su presagio cumplido, y el eco del llanto de un niño huérfano se perdía lastimosamente en la madrugada de los ceibos.

El bananero

Adalberto Ortiz

A eso de la oración, cuando los feroces anofeles salen de sus lóbregas guaridas, la canoa de don Clodomiro arrimó al paso arcilloso de su finca. Su rostro revelaba gran felicidad, no obstante el cansancio por el largo viaje desde el pueblo, realizado a punta de palanca y canaleta, y que durara casi todo el día. Saltó ágilmente a tierra, con sus cuarenta y cinco años bien llevados, y amarró con maestría su canoa a un árbol de guabo que daba sombra al embarcadero. Desde la orilla llamó a los muchachos para que vinieran a ayudarlo a cargar los paquetes de víveres y objetos que traía. Sus dos hijos bajaron al punto desde la casa pajiza,

ubicada a ochenta varas del río, y, descalzos, corrían atropelladamente, disputándose la delantera por el estrecho sendero invadido por la penumbra. Los dos muchachos, de diez y doce años, abrazaron cariñosamente al padre, y este adivinó en sus ojos infantiles la ansiedad de conocer pronto los regalos que les traía.

Lastenia, asomada al gran boquete de la ventana, con su cigarro en la boca, espantaba la plaga. Tranquilamente observó llegar a su marido y a los chicos, mientras desde la cocina salía un aroma de carne de tatabra refrita con leche de coco, mezclada con el perfume crepuscular de las plantas del trópico.

—Mira, viejita —dijo don Clodomiro, una vez instalado en su hamaca—, creo que por fin vamos a salir de pobres.

—¿Cómo así? —contestó la mujer con cierta indiferencia, mientras volteaba unos plátanos asados entre las brasas del fogón.

—Pues verás vos. En el puerto la gente está muy entusiasmá con la siembra de la mampora, que ahora la han dado en llamar banano.

Traigo aquí un papel que me dieron en una oficina, donde dicen que todos los del campo debemos dedicarnos a sembrá banano, porque unas compañías de gringos los van a comprá a veinte sucres racimo, para mandarlos a Nova Yor. Yo pienso sembrá unas cuatro cuabras, y a fin de año estaremos ricos. Tú sabes que la mampora se da muy facilito en estos lados y no necesita de mucho cuidado. ¿Qué te parece a vos, vieja? –Y se llevó la mano derecha a la cabeza gris, para rascársela.

–Humm... Me parece que no tenemos dónde hacé ese sembrío, y hasta ahora no nos ha ido tan mal, sembrando legumbres y plátano dominico –respondió la mujer, mientras le pasaba un humeante plato de arroz con carne—. Recordá solamente que «de pepita en pepita llena la gallina su buche» y que «la codicia rompe el saco».

–Vos siempre tan refranera. Se ve que no entendés de negocios. Ya verás cómo nos va de perilla. Déjame a mí solo.



La neblina de la madrugada aún invadía el horizonte cuando Clodomiro bajó con sus dos hijos, dos peones y un ahijado para rozar la maleza y toda planta, por útil que fuera, pero que estorbara sus ambiciosos propósitos.

El rocío de las hojas mojaba los pantalones al paso. Los machetes comenzaron a segar desde los tiernos cafetos hasta los pocos árboles de caucho, desde las plantas de tomates hasta las de caña de azúcar destinadas a golosina de los muchachos.

A los quince días de intensa labor, quedaron listas para quemarse las cuatro cuadras, que constituían la mayor parte del terreno de vega de la chacra. El trabajo fue menos pesado que en otras fincas, porque no había mucha selva virgen que talar. Vino luego la siembra de los hijuelos o colinos de guineos, y Clodomiro comprobó, con cierta preocupación, que se había quedado casi sin un centavo al acometer esta empresa. Pero no se desanimó. Se jugaba el todo por el todo y tenía fe y esperanza en la

palabra de esos caballeros que lo habían inducido a trabajar de tal manera.

Hasta donde alcanzaba la vista, a una y otra orilla del río, se alzaron durante los meses subsiguientes las manchas verdiblancuzcas de los bananales. Una gran plantación de una poderosa compañía yanqui se extendió más abajo, por cientos de cuadras, casi lindando con las tierras de Clodomiro, a quien le daba verdadero gusto contemplar todo aquello.

Cuando terminaba sus pesadas labores cotidianas, se reunía con su mujer y sus chicos y les exponía sus proyectos para un futuro cercano, y todos se gozaban en ellos y en el paisaje tropical desde la alargada ventana de la casa, al ver cómo la mano del hombre se comía la montaña.

Su salud se resintió un poco por la humedad y el intenso trabajo. Entonces decidió realizar un nuevo viaje al pueblo, para hacerse auscultar de un médico y al mismo tiempo conseguir, de un compadre suyo, un préstamo, ya que andaba muy escaso de fondos. Lo que más le llamó la

atención, al llegar al puerto, fue el intenso movimiento de embarcaciones en el río y los grandes vapores extranjeros anclados en la desembocadura. La prosperidad general parecía ser una realidad. Casi todo el mundo derrochaba dinero: las mujeres de los estibadores vestían sedas y llevaban aretes y anillos caros, relojes enchapados de oro, seguramente contrabandeados. Hombres borrachos tiraban el dinero con las vagabundas, venidas de otras partes, o, si no, se dedicaban al juego. Y todos, sin embargo, vivían peor o igual que antes, en las mismas casuchas de caña y paja, con los invariables trastos primitivos, muy conocidos por él. En cambio, las cantinas, los burdeles y las tiendas de comercio se habían multiplicado como por encanto, y las calles polvorientas eran circuladas profusamente por camiones, colectivos y autobuses llenos de pasajeros en busca de esparcimiento.

Veía muchas caras nuevas: gentes venidas, posiblemente, desde otras provincias de la Costa: del Guayas, de Manabí, y también muchos serranos. Tropezó con extranjeros,

especialmente gringos, de cascos tropicales en las rubias cabezas, vestidos de kaki, con camisas a cuadros o floreadas como telas femeninas. Había también algunos colombianos. Se sintió un poco aturdido y desconcertado. No se explicaba cómo un pueblo pudo cambiar tanto en tan pocos meses. Muchos afuereños no encontraban lugar donde hospedarse, y la comida costaba carísimo. —Menos mal que él tenía a su compadre que siempre lo ayudaba—. Pero, en fin, se veía que rodaba dinero, y como todos aseguraban que provenía del banano, su corazón se henchía de renovadas esperanzas. Se imaginaba retornar a casa, después de la primera venta, con los bolsillos repletos de billetes y la canoa cargada de costosos regalos para su mujer y sus hijos. Luego compraría más tierras, y con el incremento del negocio llegaría a construir en la ciudad una gran casa en un hermoso solar ubicado junto al de su compadre. Y con estos pensamientos se sintió tan tonificado, que hasta los dolores reumáticos que comenzaban a aquejarlo se alejaron como por una medicina maravillosa.

Recorría a ratos, lleno de gozo, los umbríos callejones de los *gros michel*, que crecían perfumando el ambiente.



Volvió reconfortado a su finca y dispuesto para el primer corte. Al cabo de nueve meses la cosecha se venía espléndida: racimos hasta de quince gajos pendían de las plantas, doblegándolas y obligando a los dueños a apuntalarlas para evitar la caída. Fueron acondicionadas dos grandes y altas balsas recubiertas de hoja para evitar que el producto se enlodara, y conducir sobre ellas, aguas abajo, trescientos racimos escogidos. Clodomiro y tres peones zarparon a eso de la medianoche, mientras caía una lluvia pertinaz que tamborileaba sobre las hojas y se adormecía en el lecho del río oscuro. Calculaba Clodomiro que arribaría al pueblo al amanecer y que sus bananos serían calificados antes que ningún otro. Calculaba, también, que el producto de esta primera venta le proporcionaría unos seis mil sucres, lo cual era realmente

halagador. Nunca había visto tanto dinero junto. La oscuridad era total, como el interior de un calabozo taponado. La lluvia les empapaba la ropa y el alma. Sin embargo Clodomiro sintió sed y, ahuecando las manos, tomó varios sorbos del río. La otra balsa con los dos peones se había alejado bastante, perdiéndose en las sombras. Una preocupación súbita vino a morderlo. Gritó a todo pulmón y solo obtuvo la respuesta del rumor de la corriente, que pasaba mezclada con el golpeteo chasqueante de la lluvia.

—¿No crees que hayan naufragado? —dijo dirigiéndose a su ayudante del remo de proa.

—Quién sabe, padrino. Vaya uno a sabé.

Clodomiro, con ansiedad crecida, repitió el grito:

—¡Pedrouúú...! ¡Artemioúúú...!

Nada otra vez.

—Puede que estén ya muy abajo —dijo el joven, como para tranquilizarlo—. Hace rato que se alejaron y usted no se había dado cuenta, padrino.

—Ojalá hables con boca de ángel, muchacho... Creeme, hijo, que este negocio del guineo me está haciendo salir más canas.

Pero el hombre no quedó muy convencido y antes, por el contrario, su temor aumentó. Calculó que, al zozobrar aquella balsa, perdería tres mil sucres, y apenas si alcanzaría a cubrir con lo restante los gastos de desmonte, siembra y cosecha. Por un instante sospechó también que aquellos dos negros se hubieran adelantado para robarle sus guineos y venderlos por su cuenta, pero desechó rápidamente esta idea por considerarla descabellada y pecaminosa.

—El miedo me hace imaginá disparates —soliloquió a media voz—. Más peca el robado que el ladrón.

—¿Me dijo algo, padrino? —preguntó el joven.

—No, no es nada —dijo.

—¡Ah...!

Silencio otra vez.

Bien sabía que aquellos hombres eran gente honrada. Trató de no seguir preocupándose con

otras suposiciones similares, pero solamente lo logró a eso del alba, cuando le pareció divisar en una recta del río la balsa perdida. Ya cerca de la orilla del puerto, se disiparon sus preocupaciones de la noche; pero la presencia de una gran cantidad de balsas y lanchones cargados de bananos, acoderados a los muelles desde quién sabe cuántas horas antes, se las hicieron renacer de nuevo en un vago presentimiento de terror.

Clodomiro tuvo tiempo de ir hasta la orilla del mar y constatar, con sus propios ojos tristes, los lanchones abarrotados de racimos de guineos. Pasaron algunas horas antes de conseguir un comprador de aquellos que trabajan para las compañías americanas.

Con aire de suma importancia, cenceño y atezado, luciendo un brillante en su mano nerviosa, que no hacía juego con el resto de su indumentaria de trabajo y sus botas de agua, apareció un comprador llamado Echeverría, y ordenó llevar las dos balsas a uno de los lanchones de fierro que se hallaban casi en la

desembocadura del río; los que a su vez acoderarían luego a los grandes barcos frigoríficos que viajan rumbo a los Estados Unidos con las entrañas ahítas de oro verde.

—Vayan empezando a subir el banano —dijo con voz áspera el agente comprador, desde la nave.

Los peones, con sus troncos betunados y desnudos, pero colocándose a modo de caperuza un costal vacío que les bajaba hasta las espaldas, comenzaron a cargar los racimos de dos en dos. Clodomiro los ayudaba desde arriba.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritó Echeverría.

Comenzó a calificar los racimos a ojo de buen cubero. Y no porque no supiera su oficio, sino porque tenía orden de los jefes de rechazar la mayor cantidad de bananos, debido a la superproducción y a la temporada de fruta nacional en los Estados Unidos, que hace bajar el precio de la extranjera.

—Rechazado, ¡afuera...! Bueno, ¡afuera...!
¡Afuera...! ¡Afuera...!

Cada «rechazo» era un golpe mortal en la cabeza de Clodomiro, hasta que se atrevió a interrumpir:

–Pero, señor... ¿Por qué tanto «¡Afuera!»?

–¿Quién es el que está calificando aquí?
¿Usted o yo?

–Usted, claro; pero es que mis guineos son de primera y bien escogidos.

–Eso es lo que a usted le parece. Sepa que yo tengo mucha experiencia en este trabajo y sé muy bien lo que hago. Ahora bien, si usted gusta, puede llevarse ahora mismo todos sus guineos.

–No, señó Echeverría, no es pa' tanto –respondió con resignación–. Pero le ruego que no me haga perdé todo mi trabajo y mi dinero. Si sigue así voy a quedá bien arruinado.

El hombre pareció ablandarse, y en su rostro se dibujó fugazmente un gesto de fastidio. Mas enseguida recuperó su aire de dura indiferencia y continuó calificando con la misma monstruosa desproporción de antes.

Hacía echar al agua, con cualquier pretexto baladí, hermosos racimos que, en otras circunstancias, podrían ser devueltos a tierra y distribuidos entre gentes necesitadas. Pero don Clodomiro ya no pensaba en nada, estaba como paralizado mirando cómo sus cabezas de banano caían al agua, dejando una estela de verdes flores de desesperación. Se perdían luego en el mar iluminado, allá donde las olas reventaban profusamente sobre los bajos, cual manadas de extraños borregos en tropel, que, emergiendo de los abismos y buscando ganar la tierra firme, perecieran en su intento. Se estrellaban contra las negras rocas o se diluían en las arenas que brillaban espejeando.

Una voz lo sacó de su marasmo.

—Aquí tiene su dinero. Firme los comprobantes.

Extendió maquinalmente la mano, y garrapearon su nombre donde le indicaron. Solo después de dos minutos volvió a tener conciencia de lo que sucedía y vio con rabia contenida cómo don Echeverría se alejaba orondo y satisfecho de su cometido. Le pareció despertar

de una mala pesadilla. Contó el escaso dinero con manos temblorosas: cuatrocientos cincuenta sucres en total. Descifró las cuentas del recibo de la compañía. Le habían aprobado apenas treinta racimos, excepcionales por su calidad, de trescientos que llevara, y se los habían pagado a razón de quince sucres cada uno. «Cuatrocientos cincuenta sucres en un año». Claro que todavía quedaban muchos otros bananos a punto de corte en las matas, pero se sentía desilusionado: «¿Qué hacer?».

¡Afuera...! ¡Afuera...! ¡Afuera...! ¡Afuera...!
¡Afuera...! ¡Afue...!

Una voz cercana, familiar y solitaria, lo sacó de su ensimismamiento.

—Yo no voy a aguantá esta injusticia, padrino. ¿Qué me dice? ¿Lo mato al desgraciado ese del Echeverría?

Se estremeció al ver ese imberbe rostro alterado por la ira. Y tomó la cosa en serio, al ver al ahijado empuñando un machete.

—Tranquilízate, hijo. No aumentes mis preocupaciones. No te das cuenta de que se hombre

hace lo que le dicen. Pa' eso le pagan. «Mandao no es culpao». Ve vos. Vámonos de aquí, ya no hay nada que hacé. —Y le pasó el brazo por encima del hombro, como para amansarlo.

¡Afuera...! ¡Afuera...! ¡Afuera...! ¡Afuera...!
Repercutía como el eco de un tambor...

Volvió a su finca con el alma y las manos vacías —igual que la lechera—, pero ni su mujer ni sus hijos lloraron, mas una rabia sorda contra algo que no comprendían anidó y puso huevos de rebeldía en el pecho de las criaturas. Clodomiro intentó una vez más, sacando fuerzas de su abatimiento, resarcirse de la primera pérdida y cortó otros trescientos racimos cuidadosamente seleccionados, esperando venderlos mejor. Buscó otro comprador, pero los resultados fueron los mismos y quizá peores.

Volvió a su casa, ahora sí totalmente derrotado y endeudado. Gastaba horas tirado en la hamaca, pensando en la manera de pagar y salir adelante, pero no hallaba solución ninguna. Su mujer y sus dos chicos andaban meditabundos, harapientos y palúdicos.

Ninguno se atrevía a hablarle por temor a disgustarlo, y las malas hierbas crecían y crecían, invadiendo el bananal y la chacra toda.

En cambio, la poderosa compañía bananera no se dormía y fue apoderándose rápidamente de todas las tierras de los pequeños agricultores de la vecindad, de muchos de los cuales era su acreedora, por haberles adelantado dinero para fomentar sus cultivos, cuyo producto no había comprado luego en la medida necesaria que prometiera.

Y un día, dos agentes llegaron también donde él y, haciéndole dejar su hamaca, le propusieron la compra de su finca. Únicamente le ofrecieron dos mil sucres por toda la propiedad.

Discutió cuanto pudo, mas no logró aumentar la oferta, hasta que intervino Lastenia y le dijo:

—Pensalo bien, Clodo. No podemos dejarnos morir de hambre. Aceptá nomás. Ah, si hubieras oído mis consejos.

—Tenés razón, vieja.

Una vez arreglada la venta del fundo a la compañía, cuyo territorio se perdía ahora más allá de donde alcanzaba la vista, un agente le propuso:

—Ahora, si usted quiere, puede trabajar como peón nuestro.

Cuando se fueron aquellos hombres volvió a cavilar en su destino, que, desde hoy, lo convertiría en un miserable peón al igual que Pedro o Artemio. Pero él no era hombre orgulloso ni le arredraba el duro trabajo que le esperaba; se uniría a ellos y lucharían juntos, y, tal vez, algún día, mejoraría aquella horrible situación.

Sacudiéndose el marasmo en que había permanecido tantos meses, recordó que hacía mucho tiempo que no se había mirado la cara. Tomó el espejito de su mujer y se vio canoso y arrugado. Entonces comprendió, con triste rencor, que en el tal negocio bananero había envejecido veinte años más.

La mula

Adalberto Ortiz

En la ribera de allá enfrente se alzaba la primitiva población de ruinosas casas de madera calada, oscurecidas por los años, con techumbres de zinc oxidado por el viento y las aguas. Quedaban como testigos de pasadas grandezas de comerciantes y hacendados que en tiempos prósperos allí se establecieron. La gente de ambas orillas recelaba de aquellas casas abandonadas, con bellos y complicados artonados, porque era voz común que en ellas se aposentaban ánimas en pena, duendes sombrerudos y, especialmente, una extraña mula que salía por las noches tintineando una campanilla de acompañar misa que llevaba colgada al cuello.

Atravesaba el río un puente de balsas, que de cuando en cuando se abría para dar paso a los vapores fluviales, y era propiedad particular de una señora muy beata, siempre vestida de negro y de poco hablar. Comulgaba casi todos los días, y sus tres hijos, hombres adustos y fuertes, se ocupaban en reparar el puente y cobrar los derechos a los transeúntes.

En la ribera de acá se alzaba la nueva ciudad, comercialmente muy activa y con ciertos adelantos que la civilización traía desde Guayaquil.

A lo largo de ambas orillas se destacaban pintorescamente varias docenas de casas lacustres, flotando sobre balsas amarradas a recios árboles y estacas, lo que daba a esta ciudad pequeña un aspecto harto singular.

Los vapores fluviales llegaban todos los días, desde Guayaquil. Una mañana desembarcó un hombre alto, delgado, de rostro muy expresivo e inquieto, que a veces reflejaba una gran preocupación, o, tal vez, un sufrimiento. No se podía saber exactamente qué era. Hizo varias

averiguaciones, y preguntó, vagamente, por un nombre de mujer. Satisfecho, al parecer, de sus investigaciones, se instaló en un hotelito del malecón que quedaba, justo, frente a la casa lacustre de los dueños del puente. Desde su ventana se pasaba horas enteras atisbando a la dueña, doña Catalina, y a sus tres hijos, quienes no habían reparado en aquel extraño vigía.

El capitán Martínez, tal era el forastero, trabajó amistad con algunos de los pocos habitantes del poblado de allá enfrente, denominado Casas Viejas, y así es como una noche fue invitado por sus amigos para pasar al otro lado y asistir al velorio de una criatura muerta de fiebre perniciosa. Se veía que el capitán era hombre de la sierra, posiblemente de Quito, tanto por los colores de sus mejillas, que contrastaban con la palidez de los lugareños, como por su acento cargado de eses y de erres arrastradas. Durante la velada se pasaron contando cosas lúgubres, entre algunas amenas. Se habló mucho de la mula que aparecía los viernes, haciendo sonar su fatídica campanilla, y se dijo

que, una vez, cuatro valientes se echaron a la calle en aquella oscuridad de Casas Viejas y, con garrote en mano, salieron a esperarla cerca de la medianoche. Cuando ella llegó, le cayeron a garrotazo limpio, haciéndola desaparecer. Al día siguiente comprobaron lo que sospechaban: la mula había recobrado su forma humana. Era cierta señora, cuyo nombre sería mejor callar, pero que había amanecido en cama, muy mal estropeada, como ocurría siempre a las mujeres que habían tenido relaciones sexuales con sacerdotes católicos, y a quienes se podía desenmascarar de esta manera.

Por aquella época había yo adquirido la costumbre de dar, por las mañanas, paseos en bicicleta, y, justamente en esos días, estaba hospedado en el mismo hotel del capitán Martínez y, como él, gustaba yo de pasarme las horas de la canícula, mirando, a través del río turbio y correntoso, hacia la fantasmal población de Casas Viejas, como si esperase sorprender, alguna vez, a duendecillos sombrerojudos jugar bajo aquellos sombríos edificios de madera o,

asomadas en las ventanas, a ánimas amortajadas de blanco entero o, quizás, a la famosa mula del cuento.

Casi nunca tomé en mi vida la iniciativa para hacer nuevas amistades. Por eso, aunque miraba con cierta simpatía al capitán Eladio Martínez, debido a su rostro atormentado, no me decidía a hablarle el primero. Él lo comprendió. Y así fue como una mañana, mientras yo me disponía a efectuar mi acostumbrado paseo, se acercó también con una bicicleta y me dijo, secamente:

–Me gustaría ir con usted, si no se opone.

–No me opongo –le respondí.

Anduvimos juntos largo rato en silencio, corriendo por el malecón o atravesando rutas poco cuidadas de las haciendas, bajo la sombra de los mangoneros o naranjos que fructificaban a la vera de los caminos reales.

Cuando regresamos al hotel, nos sentíamos como viejos amigos, y resolvimos comer en la misma mesa.

La inquietud de mi compañero iba en aumento, hasta que un día no soportó más y me habló, lamentándose:

—¿Sabe usted? Soy un hombre muy desgraciado.

—¿Y quién no lo es? —le repliqué.

—Se lo contaré a usted, para que me comprenda mejor, y me dé siquiera la razón.

—Haré lo que pueda por ayudarlo, y pierda cuidado de que se la daré. Todos tenemos tendencia a abultar nuestra propia desgracia.

—Pues, de todos modos, esta es la historia: allá por el año mil novecientos diez, era párroco de Casas Viejas un sacerdote llamado padre Luis, tenido por un santo varón. En aquella época, Casas Viejas era un pueblo más adelantado que el de este lado. La iglesia, aunque de madera, era pintoresca, y a ella concurrían feligreses de acá, también. Entre ellos iba una viuda bastante atractiva, muy devota, que comulgaba día por medio. Andando el tiempo, la gente comenzó a murmurar en el sentido de que la viuda parecía embarazada, pero no sabían de quién. Ella bajó hasta Guayaquil, tuvo

su hijo y luego regresó sin él, y así el hecho quedó sin esclarecerse por completo. No obstante, las gentes de ambas orillas la apodaron «la Mula». Todo esto es lo que he averiguado en estos últimos días, y ahora me encuentro en un dilema que le descubriré más adelante. Los recuerdos de mi infancia siempre se remontan a la imagen del tío que me crió, don Manuel Martínez. No conocí en mi rededor otra parentela. Hombre austero y poco expresivo, llenó mis primeros años de una especie de terror y una absurda oscuridad que me costó mucho trabajo desterrar de mi madurez, durante mi carrera militar, hoy abandonada. Sin embargo, al morir, hace pocos meses, me declaró su heredero universal. Me dejó una casa en Quito, de poco valor y de anticuada arquitectura, y un cofre con dinero, pocas joyas y documentos. Siempre me hizo creer el viejo que mis padres habían muerto siendo yo muy tierno, así que imagine cuál sería mi sorpresa al revisar aquellos papeles en los cuales se aseguraba que mi madre vivía, y precisamente en este pueblo. Además, me encontré dos fotografías de

ella. Mi progenitor había sido el santo padre Luis Martínez, quien me había recogido en Guayaquil y enviado luego a Quito. Sabía yo que había tenido un «tío» cura, muerto cuando yo era niño, pero lo recordaba muy vagamente y nunca le atribuí mayor importancia en mi vida. Seguramente, usted que vive aquí hace algún tiempo imaginará, ya, que mi madre es doña Catalina, viuda de López, la del puente.

El capitán hizo una breve pausa y aspiró una bocanada de su pipa de maíz. Yo, en cambio, apuré el resto de mi fresco de tamarindo y le dije, después de asentir con la cabeza:

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—Ese es precisamente el dilema. No sé si presentarme ante ella o contentarme con haberla visto, solamente. Deme usted algún consejo.

—No sé aconsejar, pero puedo dar mi parecer. De encontrarme en su caso, iría a verla y le hablaría con claridad. No creo que haya madre que no se conmueva al ver de nuevo a su hijo, y más cuando él no tiene culpa alguna.

—¿Sabe? —agregó el capitán—. Soy un hombre falto de ternura familiar, y me gustaría tener madre, aunque fuera a esta edad; así es que creo que voy a tomar la resolución que usted sugiere.

Acto seguido, mi amigo se marchó en dirección del puente, para volver al cabo de un rato, todo abatido y descorazonado.

—No quiere verme —me dijo.

—¿Que no quiere verlo? ¿Cómo es eso? Seguramente no le recuerda por el nombre.

—No es eso. Le envié con la criada hasta una de sus fotografías, dedicada a mi madre, y ella me dijo que por un momento estuvo a punto de llorar, pero que luego montó en cólera y ordenó que me marchara. ¿Sabe lo que estoy pensando en estos momentos, mi amigo?

—Francamente, no lo sé.

—Que aquel judío que dijo «Honrarás a tu padre y a tu madre...» debió haber agregado «...cuando ellos se lo merezcan».

—Son maneras de ver las cosas —le respondí.

Aquella misma noche vinieron al hotel los medio hermanos del capitán, y se lo llevaron, so pretexto de querer hablar a solas con él.

Al día siguiente, el capitán Martínez me contó que lo habían amenazado de muerte, acusándolo de calumniador que trataba de afrentar a su madre y a toda la familia, y sin más explicación le dieron plazo de veinticuatro horas para abandonar la ciudad.

—No tengo ya nada que hacer aquí. Debo irme. No tengo miedo, pero no me gustaría matar a mis propios hermanos ni ser asesinado por ellos —concluyó.

Eladio Martínez arregló sus maletas y tomó el barco esa misma mañana. Yo lo acompañé hasta el muelle.

Bastante cohibido y apenado, traté de excusarme, mientras el vapor fluvial despegaba.

—Lamento mucho haberle inducido a cometer aquella torpeza.

—No importa —se despidió—. En verdad era una mula, la pobre.

Desde entonces, los habitantes de Casas Viejas aseguran (yo nunca lo oí) que a la mula ya no se la oye penar los viernes por la noche, sino todas las noches de la semana, con su incesante campanilla.

Adalberto Ortiz (Esmeraldas, 1914-2003). Diplomático, novelista, poeta y dramaturgo. Su obra explora el mundo, la cultura y los problemas de los afroecuatorianos. Su novela *Juyungo* (1942) ha sido calificada como «la gran novela del negro y el mulato». A diferencia de escritores anteriores, Ortiz narra desde los protagonistas del conflicto, sin intermediarios. «El dolor del negro, en la novela de Adalberto Ortiz, es el dolor del hombre negro», escribió Benjamín Carrión.

El cráter

Juan Carlos Moya

I

El sueño empezó así: una muchacha de lentes apareció en el aire sulfuroso de esa mañana y ante los ojos impávidos del Ingeniero se puso a caminar por la orilla de la laguna.

Después, una tormenta se desprendió y castigó la escena. Las aguas perdieron su perfección de espejo. Y al romperse, una luz azulada se elevó poderosa y viva.

El Ingeniero imaginó a la muchacha corriendo desnuda bajo la tormenta. Era de esperarse que la soledad y el deseo también lo acosaran en el sueño.

Pronto, el agua se detuvo y en el cielo lavado brotó el destello ilusorio de unas estrellas divagantes.

Cuando el hombre y la muchacha se encontraron –sin salida el uno del otro–, la niebla los encerró con violencia y un súbito cansancio provocó en ella una sonrisa doblegada por la rutina. En otros tiempos, habitaba la esperanza y sus ojos eran constantemente agitados por la ansiedad. Hoy solo era –y quedaba– el tedio, una mujer tan vacía que era impensable otorgarle un sonido a su voz.

Al Ingeniero le faltó la respiración, empalideció y empezó a sangrar por la nariz. Sin embargo, cuando se pasó las manos por la cara, solo había restos de arena.

La laguna se hallaba dentro del cráter de un volcán. Y bajo la nubosidad brillante, el agua espejaba como una esmeralda pulida.

–Debes marcharte –exclamó la muchacha–. ¡Abandona el cráter! No mires atrás.

–Tengo sed –respondió el Ingeniero, sin percatarse de que se hallaba navegando la espuma de un sueño.

Luego la contempló desconcertado. Parecía estar enferma o necesitada de alimento. El silencio cultivado durante años había lastimado profundamente su mirada. Sus labios, sellados por la tristeza, exteriorizaban una mueca impasible. Detrás de esos lentes negros, la muchacha parecía borrarse continuamente.

Cerca de un pequeño muelle, delante de unos carrizales, el Ingeniero esperó envuelto en un óvalo de niebla y angustia. Estaba a punto de gritar cuando escuchó —perdidos en el polvo del sueño— los cascos de los caballos. Parecían decenas y bajaban desbocados por la pared interior del cráter, arrastrando piedras que rodaban hasta chocar unas con otras como cráneos humanos. Entonces fue levantado por una mano invisible y cayó sobre una montura. Buscó con las botas los estribos. Y antes de sujetar las riendas, el caballo ya se había puesto en camino por un sendero pedregoso que ascendía en zigzag hacia la salida del cráter. A un costado suyo, la maleza se iba quemando y le pareció que el fuego lo

devoraba. El caballo relincho en medio del humo y se detuvo desorientado sobre una cresta rocosa. Desde allí, en tanto el polvo se volvía a asentar sobre el suelo erosionado, el Ingeniero observó la laguna allá abajo y se conmovió.

El caballo siguió ascendiendo la ladera con dificultad. Ahora más lento y pesado entre los arbustos y la arena. Estaba agotado. Se detenía repetidamente en cada recodo de la ruta, al filo del abismo, resoplando.

El Ingeniero levantó la vista hacia las nubes de gas volcánico, intentando vanamente atisbar el final del camino. En tanto el viento le abofeteaba las barbas, sintió entre sus piernas los agitados pulmones del animal: se inflaban repetidamente como bolsas de aire caliente, a punto de estallar. Ya no daba más. Sus ojos estaban hinchados y se le doblaban las patas.

Al parecer, hasta ahí habían llegado, a tan solo unos metros del aire vivo y libre que giraba en círculos afuera del cráter.

El Ingeniero puso una mano en las crines y palpó el sudor que resbalaba sobre el cuero. En ese momento, de un lugar muy secreto, más profundo y secreto que el corazón, el caballo empezó a llorar. Eran leves sollozos como los de un niño, quebrados por el sufrimiento, mediados por largos intervalos al principio, aunque luego se volvían continuos y crecían cargados de dolor.

El Ingeniero no aguantó más y despertó, prisionero de un resplandor agresivo y asfixiante.

Era el sol del mediodía en Quito.

Otra vez.

II

Después de almorzar algo breve, con la violencia de un fantasma gritando en su cabeza, el Ingeniero abandonó su casa, ubicada a poca distancia de una vieja iglesia con dos campanarios, adyacente a un cementerio. En la intersección de un pequeño mercado de frutas y un túnel que conectaba con el Sur, tomó un

taxi hasta las afueras de la ciudad. Cargaba una mochila.

«Brito», susurró mientras se recostaba en el asiento posterior del vehículo, indiferente al pobre paisaje que se atisbaba por la ventanilla.

Desde hacía unos meses no podía dormir. Su expresión alucinada, en las mañanas de todos los días, se hizo cada vez más patética, y quienes le vendían pan, leche o el periódico recogían con recelo las monedas que él entregaba con sus manos temblorosas.

Por esta razón, al amanecer, vencido por las píldoras o el licor, la depresión o la fatiga, conciliaba dos horas completas de sueño, que se sacudían con las turbulencias de pesadillas recurrentes, tendido sobre un colchón húmedo y viejo, junto a una pequeña ventana que daba a un terreno cubierto de hierbas altas y charcas con sapos.

El taxi avanzó dando tumbos por las calles mal asfaltadas de la ciudad. Al ingresar en el Sur, una cortina de vibrante luz dorada peinó el bosque de Chillogallo. Y de los altos eucaliptos se

descolgaron trinos de gorriones que ensordecieron por un momento sus pensamientos.

Se apeó del taxi a un costado de la fábrica, y volvió a reconocer el arrogante rótulo de metal sobre la fachada y la malla de alambre detrás de la cual un guardia vigilaba con negligencia, más concentrado en consumir su cigarrillo que en mirar la calle.

El Ingeniero se limpió las solapas de la chaqueta y se pasó la mano por el pelo escaso y rebelde. Recordó el primer día que había cruzado el portón de ingreso: llevaba encima una corbata prestada y se encaminó hacia la división de supervisores con aire de haber pasado varios años sentado ante un pupitre, enderezando la espalda a pesar de que sus hombros escuálidos se resignaban a derrumbarse.

—Vengo a trabajar —exclamó.

—Póngase el casco, son medidas de protección. Y siempre debe colocarse esto en los oídos.

Pero las ocho horas laborables —además de las extras en fin de semana— paulatinamente fueron consumiendo sus nervios.

El estruendo de las máquinas y las turbinas presionadas por un mecanismo asiático basado en el vapor y la presión, las repetidas humillaciones que le brindaba generosamente el supervisor —un muchacho veinte años más joven que él—, los inútiles y fingidos saludos de buenos días con sus colegas, que sin motivo aparente empezaron a repartirle odio y a sabotearle el trabajo, le dictaron la certeza de que estaba hundido en la mediocridad.

«Todos trabajan por una mujer o un hijo», se repetía, largándose a la casa con la mirada hundida en sus zapatos, caminando aprisa, fatigado por una sombra que le pesaba sobre la ropa.

Transcurrieron algunos meses y se ganó con méritos el odio del señor Brito («Soy el supervisor y no me gusta que me contradigan»), de Andrés Barrionuevo («Soy el coordinador de la planta, le advierto que usted no me agrada») y de cada uno de los mozalbetes perezosos e incompetentes de la bodega principal.

La vida le parecía breve e intolerable. Cada vez que abandonaba la fábrica, con la chaqueta

al hombro y fumando, pensaba que el camino a casa estaba cifrado por los rieles de un tren, y él tenía que seguirlos como si fuera un vagón destartalado.

Por alguna desgracia oculta que él no comprendía aún, el odio del señor Brito lo perseguía a toda hora, y el menosprecio que le suministraban en esa fábrica estaba acabando con su autoestima. Cuando llovía, antes de que se terminara la jornada, aceptaba mojarse un buen rato en el patio de la fábrica, mirando con tristeza infinita las mallas de alambre, como si fuera la telaraña de su propio destino.

«No es un empleo, es una confabulación para humillarme, para aplastarme como a un insecto», murmuraba repetidamente en ese tiempo, y al llegar a casa, a oscuras, se tumbaba en el colchón y buscaba rastros de compañía en el cuadro oscuro de la noche que se anunciaba en la ventana.

Una mañana llegó con una manopla y pasó derecho a la oficina de Brito –un muchacho de baja estatura cuyo rostro sostenía una expresión

desconfiada, profundas arrugas de ira en su frente, y se había dejado crecer la barba en forma de candado— y lo golpeó hasta fracturarle la mandíbula.

—¡Esbirro! —exclamó el Ingeniero, y se marchó.

Fue despedido inmediatamente, sin ninguna liquidación ni seguro social. Y días después, se enteró de que Brito había dicho que lo habían encontrado robando dinero de la administración.

A partir de ese día, la mala suerte se incrustó en el centro de su espalda como un alfiler. Y anduvo rodando por varios empleos: míseros y mal remunerados. Ocasionales, la mayoría de ellos.

El Ingeniero empezó a creer en la palabra *destino*, aunque bien sabía que la culpa era de Brito, el supervisor de la fábrica, que siempre lo localizaba y ofrecía pésimas referencias de él, procurando que sus nuevos empleadores lo echaran a la calle. De este modo, una noche, insomne y embebido en rabia, mientras veía el reflejo gastado de su cara en el espejo, se le cruzó la idea de ajustar cuentas.

—Son siete dólares —dijo el taxista, sin apagar el motor.

—No le pagaré nada. Y si quiere llame a la policía —respondió el Ingeniero afuera del vehículo.

El conductor amenazó con apearse, maldecía. Su cara se iba enrojeciendo y buscaba algo dentro de la guantera.

El Ingeniero recogió un palo del suelo y reventó el parabrisas a golpes. Luego quiso arremeter contra la ventana del conductor, pero el coche ya estaba escapando en reversa.

—¡Está loco! —gritaba el taxista, dando la vuelta al final de la calle, mirando asustado por el retrovisor.

El Ingeniero soltó el palo, se acomodó la chaqueta y avanzó por un sendero de gravilla en forma de L hasta el portón.

El guardia no lo reconoció: ¿la barba?, ¿el escaso pelo que tenía ahora?, ¿había envejecido muy pronto? Como era habitual en el protocolo de seguridad, le pidió un documento personal.

—La oficina del señor supervisor está al fondo de la fábrica, siguiendo el camino de árboles.

—Gracias. Aquí tiene mi cédula de identidad.

Y lo dejó pasar.

De pronto, dado el primer paso, empezó a llover.

Los murmullos de la tormenta y del río —que bordeaba uno de los costados de la fábrica— se contraponían: a veces se escuchaba más el uno que el otro, era una pelea, un bullicio moderado por el viento.

Con la nariz goteando y el pantalón pesado de agua, arribó a la escalinata y descolgó la mochila de su hombro.

Cuando estuvo ante la puerta del supervisor, recordó su cara con aborrecimiento.

Tocó suavemente con los nudillos y esperó.

—¡Ingeniero! —vociferó Brito—. Usted no puede estar aquí. ¿Quién le ha permitido pasar?!

El Ingeniero ya había sacado del interior de la mochila un rifle de cartuchos. Y entonces se escucharon cuatro detonaciones, seguidas y

constantes. Luego de unos segundos, como si hubieran sido apenas unos relámpagos remotos cayendo sobre el río, se oyó el grito de una mujer y una detonación más.

A medida que el Ingeniero ingresaba en el edificio se alternaban los gritos, los estallidos de vidrios y las detonaciones.

Fue cierta la sospecha del guardia cuando pensó haber escuchado unos disparos, pero su sobrada confianza y su poco conocimiento de los fenómenos meteorológicos le hicieron pensar —así lo prefirió él— que se trataba de unos truenos.

El Ingeniero estaba en el salón de juntas, en la segunda planta, sentado en el piso, rodeado de cadáveres.

Cargó nuevamente el rifle.

Permaneció pensativo, alternaba su mirada entre la expresión de horror que las caras de los muertos acusaban en sus ojos y la ventana picoteada por la lluvia.

Entonces observó a lo lejos su antiguo escritorio. En ese rincón había pasado tantos años

de su vida, coleccionando tardes inútiles, papeles, trámites y la burla y el odio de sus compañeros de trabajo.

Se puso de pie y caminó hasta el mueble.

Sobre él había unos lentes de mujer, eran negros, aparentemente olvidados antes de una diligencia sin importancia. El Ingeniero los tomó con cuidado, como si fueran el cuerpo y las patas de un insecto extraño. En verdad eran peculiares y delicados. Era intensa la manera como los observaba: parecía reconocerlos, recordando o confundiéndolos con un recuerdo, con alguien que en el pasado disparó a quemarropa sobre su corazón y lo dejó vivo, pero sin vida.

El ambiente quedó mudo tras los disparos. El Ingeniero levantó los lentes en el aire y echó un vistazo a través de los cristales de aumento: la realidad estaba deformada y tenía una apariencia grotesca, combinada de sangre y muebles de oficina.

Sin apresurarse y como si sus movimientos estuvieran acentuados por una fría exactitud,

el Ingeniero se guardó los lentes en un bolsillo y acostó el rifle sobre el escritorio. Luego tomó el teléfono y llamó a la policía.

—He matado a la gente que me hizo daño. Pueden venir por mí. He terminado.

Entonces colgó.

III

Un viernes de lluvia, intensamente frío, el Ingeniero ingresó en uno de los pabellones del panóptico de la ciudad. La puerta de su celda se cerró con un chirrido que quedaría vibrando en sus oídos para siempre.

—No pidió un abogado —dijo uno de los policías.

—¿Te fijaste en su mirada? Está vacía, como si no hubiera nadie dentro de él —replicó el otro.

El Ingeniero se sentó en el catre, sacó los lentes de pasta que había guardado en su bolsillo y los arrojó a través de las rejas. Si bien no le interesaba ya nada, una vez más se vio obligado a observar las minucias del mundo exterior: uno de los

gendarmes corrió a recoger del piso los lentes, se los puso, se los sacó, y se los llevó con él.

En el largo pasillo, hecho de tiniebla y humedad, explotó una carcajada socarrona, pero el Ingeniero estaba muy fatigado para prestarle atención.

Ahora, era propio descansar. Abrazarse al aire mezquino de la celda.

«No abriré los ojos», se dijo a sí mismo. «No me importa el castigo, pero no abriré los ojos».

Y entonces, recostó su cuerpo sobre el catre e hizo de almohada su brazo.

Al poco rato, indiferente a la vigilancia policial, se quedó dormido, plácidamente.

IV

En el sueño, el Ingeniero tenía la cara enrojecida y sentía ardor. Se palpó con la mano y constató su piel libre de la espesa barba que lo había acompañado durante años.

Avanzaba fumando por un bosque, respirando el aire frío de aquella mañana irreal.

Al cruzar un arroyo, vio unas truchas y siguió con la mirada sus movimientos en el agua.

Más adelante, descubrió un camino secundario que se perdía detrás de unas rocas gigantescas que provenían de una erupción remota. Se detuvo junto a un árbol y avistó el horizonte. Pero no le convenció lo que vio y ascendió un repecho que se internaba en otro bosque.

«Algún día lloverá fuego», pensó en voz alta el Ingeniero, contemplando el volcán negro.

No le quedaba más remedio que avanzar, e inmediatamente desapareció, tragado por la espesura verde. El resplandor sobre la fronda, sobre los pajonales aledaños, congelaba la escena como una postal que se iba quemando.

Y entonces, se escuchó el disparo, envuelto en un breve eco que parecía provenir de los cerros medianos y circundantes. Una sombra se movió entre los árboles y el viento sobre las copas ululó como un animal enfermo. Era probable que algunos pájaros se hubieran descolgado de las ramas y volvieran la cabeza, aguzando el

Juan Carlos Moya

oído, con los pequeños intestinos temblando a causa del estruendo.

Fue una violenta detonación que opacó el rumor del río. Sobrevinieron largos minutos de pesada serenidad, como si el bosque hubiera enmudecido de golpe. Luego se escucharon unos pasos quebrando la hojarasca y en aquel momento apareció el Ingeniero. Llevaba sobre el hombro el cuerpo sin vida de la muchacha (ahora sin lentes) y sostenía en la diestra un revólver.

En el sueño, ella no sangraba.

Y por más que el asesino revolvía sus recuerdos, no podía hallarle un nombre –perfecto y secreto– que coincidiera con los rasgos de su cara.

Juan Carlos Moya (Latacunga, 1974). Narrador y periodista. Premio Nacional de Periodismo Jorge Mantilla Ortega, por el conjunto de crónicas «El oficio de vivir». Ha publicado la novela *Caballos en la niebla* (2014), a la cual Mario Mendoza describió como «una lección de vértigo». Sus cuentos constan en antologías de Ecuador, España y Cuba. «El cráter» fue seleccionado por el crítico Julio Ortega para integrar la antología *Ecuador cuenta*, editada en España por el Centro Arte de Madrid.

Albur

Javier Lara Santos

I

Evangelina miraba el reflejo del agua, cuando nació aquella idea: un vestido blanco y elegante, imaginó. La ropa estaba amontonada sobre la piedra de lavar. Mientras se entregaba a restregar y enjabonar, diseñaba el vestido en su mente: «Debe ser largo, que cubra los tobillos. Pero con los hombros desnudos, holgado... Ay, es tarde: Tito está por llegar, y no he preparado la cena». Miró, al fondo, el reloj antiguo de pared en la sala: cinco menos quince. Se sacó los guantes y fue a la cocina a preparar la cena, sin prisa pero sin perder tiempo.

Tito llegó poco después de las cinco. Saludó a su hermana y fue a la habitación a cambiarse de camisa. Siempre llegaba sudado y sucio de aquella construcción. «Esa Torre del carajo me va a matar», pensaba, molesto. Se miró al espejo: los ojos rojos, tristes. Los pómulos pronunciados y una barba rala que parecía hacer más densa la expresión del rostro. Se lavó la cara con ademán descuidado y salió a la sala. Su hermana esperaba para dar la bendición por los alimentos. Tito aguardaba el ritual disimulando el hambre con un leve movimiento de los dedos en el borde de la mesa.

Cenaron en silencio. Al terminar, Tito la besó en la frente y se esfumó hacia su habitación. No se sabía más de él hasta el día siguiente, cuando salía por la mañana hacia la Torre, mientras su hermana seguía recortando papeles para armar los prototipos de vestidos que tanto le ocupaban la cabeza, o pasando un día (dependiendo de sus preocupaciones) poniendo velas a su imagen favorita: Nuestra Señora

del Desprecio. «MilagrosaVirgencita, ayuda a mi hermano asalirdelastinieblasenquevive, dale fuerzas para que hayaluzyalegríaensuco razón, Virgencita».

II

A lo lejos, desde una colina lateral al pueblo, se divisaba el nombre de la empresa constructora pintado en un cartel de hojalata: «Marduk y Asociados». Allí trabajaban varios obreros de distintos lugares de esa tierra, comandados por Nikolas Krov, al que todos llamaban «el Ruso». La jornada era dura, todos los días de siete a siete, un ritmo vertiginoso. Con una escasa hora para el almuerzo.

Era verano y el sol calcinaba la piel de los trabajadores como una epidemia. Entre gritos, martillazos, sonidos de taladros y esmeriles, se escuchaban las carcajadas de Jonás, el rubicundo guardia de la Torre. Siempre merodeaba por ahí, dando pasitos saltarines, enfundado en su uniforme negro, como un globo. Entretenía a

los obreros con sus bromas y su sonrisa boba de animal feliz. Hace poco había vuelto del pueblo vecino, La Esperanza, a dos horas de ahí. Traía una mala noticia: el tan anunciado paro se había materializado, las carreteras que conectaban a los pueblos de Costa con Sierra estaban obstruidas por los campesinos. «Estamos encerrados en este pueblo de mierda, al menos no se nos van a acabar ni el trapiche ni el Camaleón», comentaba Jonás, mientras reía bobaliconamente y, sacando un billete de lotería que había comprado en La Esperanza, bromeaba aventándolo en el aire caliente, presumiendo de su supuesta futura fortuna. Los demás obreros reían, pero en sus rostros la preocupación por el cierre de las carreteras era inocultable; tenían que esperar que no se acabara la comida en las despensas, ni los demás productos que llegaban cada quince días al pueblo.

Nikolas Krov usualmente supervisaba los pormenores de la construcción. Caminaba erguido, como un espécimen de lucha libre. Fumaba los tabacos sin filtro que compraba en la

despensa, inhalaba aquel humo que le obligaba a entrecerrar los ojos creando una mueca arrugada. Gritaba todo el día, agitando los brazos para hacerse entender, su español era escaso.

III

Al mediodía Evangelina entró a la cocina para servir la comida de su abuela. Todos los días el mismo menú: un plato de sopa, un pedazo de pan y dos plátanos en una charola de metal que dejaba –con mucho cuidado para no hacer ruido– en el agujero de la pared; este era el único acceso a la parte antigua de la casa. Ella nunca había entrado ahí, tampoco su hermano. Solo habían escuchado cierta historia alguna vez en el pasado, acerca de un gran incendio en ese espacio de la casa, y desde aquello, esa parte del inmueble quedó clausurada, sellada con tablas en las puertas y láminas de zinc en las ventanas. Solo quedaba ese pequeño espacio, como un hueco o una puerta improvisada para mascotas, por donde Evangelina podía servir la comida a la

abuela, que —al parecer— vivía en esas tinieblas clausuradas. Pues, según la historia (y esto tal vez nunca lo sepamos), en el gran incendio la abuela resultó calcinada y deforme, y por vergüenza propia o ajena, nunca más habría salido de esa zona antigua de la casa. Viviría, según esto, confinada a la oscuridad y la soledad.

IV

Cuando Jonás visitó el pueblo de La Esperanza observó a un grupo de turistas de la capital que descansaba en el parque central. Miró a las chicas acaloradas, con shorts apretados sobre sus voluptuosas caderas. Imaginó algo, se tornó pensativo, ensimismado, mientras miraba aquellas piernas con rostro indisimulado. Se sintió extraño, fuera de sí. Y sin saber por qué, le asaltó un sentimiento furioso, su gruesa cara de arlequín se frunció con una pizca de tristeza o resignación. Sin embargo, luego de un momento decidió mirar para otro lado, engañar su atención observando por ejemplo a la torre del

reloj de la plaza de armas. Estaba Jonás en ese trance cuando súbitamente apareció un canillita por la plaza gritando a viva voz: «¡El domingo juegaaaa..., vaya llevandoooo..., el último guachitooo...!»». Reaccionó por impulso y automáticamente compró uno con el vuelto del pasaje. Era supersticioso y compró el guacho terminado en 7, como los 7 pisos de la Torre. Aunque esto, quizá, no lo hizo conscientemente.

Por la noche, de regreso ya en la construcción, Jonás pensaba en su difunta esposa. Miraba, a través de la tiznada ventana del cuartucho en que vivía, un cielo sucio cargado de nubes oscuras, mientras tomaba un café pasado. Miraba aquel cielo oscuro. Los ojos bien abiertos y lacrimosos, como si no pudiesen comprender el lenguaje de ese mundo. El humo de la taza caliente subía por su cara. Era, tal vez, el único consuelo secreto en aquella escena.

Su esposa había muerto hacía ya algunos años. Fue la única mujer con quien se le había visto a Jonás. Él la admiró desde que la vio. Había llegado con sus padres al pueblo, para nunca más

salir de ahí. Lo único que conservaba de ella, de su presencia, era un chal negro que había sido de su madre, y un retrato favorable que le habían hecho alguna vez en un pasado inextricable.

Miraba el retrato de la difunta. Su rostro empañado y pensativo. Su cuerpo macizo, inclinado hacia adelante, sentado al filo de la cama fría. Metió dos dedos en el bolsillo de su camisa a cuadros y sacó el billete de lotería, se quedó mirándolo, alzó a ver nuevamente el retrato de la difunta y luego volvió a guardar el papel en el mismo bolsillo, lentamente.

V

El sol había calentado hasta los espacios reducidos de sombra en la hora del almuerzo. Tito se sentó junto a otros obreros y se dispuso a abrir la caja con su comida. Su hermana le había mandado un pedazo de cartón cortado en el lugar donde debía estar la sopa, era un cartón de molde de algún vestido. Tito se molestó pero trató de obviarlo y se comió el arroz de

mala gana. No hablaba mucho en el trabajo, ni en la casa con su hermana. No hablaba mucho con nadie. No se hacía notar en ningún lugar al que fuera, como si quisiera ser –o fuese– invisible. Siempre pensativo, con el ceño fruncido y los labios arrugados como si lo hubieran reprimido de por vida.

La Torre estaba a medio construir y Nikolas Krov gritaba y gritaba con las manos, porque con la boca casi nadie le entendía. Se veía preocupado al igual que los demás, porque, con el bloqueo de las carreteras, el material y los sueldos corrían peligro de no llegar a tiempo y todo tendría que suspenderse. Debían estar atentos a las noticias que llegaban por la radio, sobre el futuro inmediato del país y el acuerdo nacional.

Después de comer, Tito se reincorporaba a las labores, siempre callado, soportando las increpaciones de Nikolas Krov, aunque, aquel mediodía, el ruso se le acercó para entregarle un sobre con su nombre, parte del correo recogido en La Esperanza por Jonás. «¿Tú es

él?», preguntó el ruso con su arrugada mueca de fumador. Efectivamente, era una carta con su nombre: Tito Montalvo, etc. Primero hubo sorpresa, luego curiosidad e intriga: «¿Quién me puede mandar una carta a mí... y desde la capital?». Tomó el sobre sin asentir pero sin negar, y se lo guardó.

Al final de la jornada, camino a casa se acordó de la carta, la abrió.

Querido Tito:

Espero que estés bien. Te escribo para saber cómo estás por allá y para decirte que necesito hablar con vos de un asunto un poco urgente. No te alarmes, pero es necesario que vengas a la capital. Mira, por aquí todos estamos bien, te extrañamos bastante, lo cierto es que de dinero no nos preocuparemos más. Mi amor, todo resultó muy bien, ya compré la casa y solo necesito tu autorización legal para lo del viaje y las cuentas.

Es urgente que vengas. Un auto estará esperando por ti donde acordamos cuando lo

decidas. Escríbeme y hazme saber para cuándo te esperamos.

Reinaldo y yo te extrañamos mucho.

Besos.

Sophía

Tito se sonrojó, metió la carta en el bolsillo, se sentía de alguna forma poderoso y feliz. Caminó hasta su casa saltando los charcos de lodo sobreviviente del invierno, silbaba relajado como un niño. Entró, saludó a su hermana, la vio ahí, delgada, desarreglada, con el rostro pálido y perdido, con su vestido largo, igual a un delantal de rosas descoloridas. Entró a su cuarto y se miró, como todos los días, al espejo. De repente se encontró con un rostro duro y real, una expresión de extrañeza dentro de él mismo, como si viviera en una especie de mundo intangible llamado realidad, una sensación innombrada, innombrable, que iba adquiriendo más peso en un entorno asfixiante: su hermana fanática y bobalicona, y la construcción de aquella Torre de 7 pisos, que lo hacía

necesariamente esclavo y desgraciado, o irónicamente insignificante, como a la mayoría de los hombres en esa tierra.

Se sentó en la cama y sacó la carta del bolsillo, la miró por un instante, luego sonrió levemente para sí mismo y la guardó en su velador. Salió a la sala y Evangelina esperaba –como todos los días– su presencia para agradecer a su «SantaVirgencita Nuestraseñoradeldesprecio bendicestosalimentos y bendiceamihermano y a los demás seres de este pueblo y danos fuerzas para continuar, y también bendice amiabuelita...».

VI

Fue un domingo cuando Jonás y algunos obreros de la Torre se embriagaban en el Camaleón. El ambiente olía a destilado de caña, había mujeres pintarrajeadas y macizas, música de acordeones escapándose de una rocola, ritmos que retumbaban en el techo del local, apenas construido con hojas de palma para detener el castigo de la canícula. Mientras, en el resto del

pueblo había misa, una feria de frutas y uno que otro parque desolado o con una pareja casual que adornaba más la soledad de mausoleo de aquel domingo. En el Camaleón, Jonás bailaba, meneaba su cuerpo regordete encima de las mesas, con una mujer trigueña de cabello grueso y alborotado, ataviada con un vestido rojo, algo destartalado. Era como una gran flor deshojándose en cada sacudida producida por el baile.

Los obreros seguían en las mesas de guadúa, con las demás flores desvencijadas, hablando de cualquier cosa que no fuera importante, bebiendo caña y soltando carcajadas estridentes. Ahora el ruido de las risotadas mezclado con la música escapaba hacia el monte y el caserío soleado. Arriba, en el cielo, dos gallinazos planeaban en círculos, flotando en el silencio incandescente de la altura.

VII

En aquel mismo instante se podía ver a Nikolas Krov en su extraña habitación apresada en el pasado: cuadros de su lejana patria con figuras de caudillos y el retrato de un hombre barbado de mirada profunda. Debajo de los cuadros, un hacha, que alguna vez –en sus tiempos de estudiante– había utilizado sin culpa. Ahí estaba él, musitando quién sabe qué insultos o plegarias, solo, con los ojos al borde del vacío, fumando los sin filtro, el cuerpo sudado y duro.

Mientras, Tito, en su casa, soñaba a causa de la carta: se veía entre grandes edificios desconocidos, de colores claros. En el sueño él estaba vestido de traje amarillo, su color favorito. Veía él allí acercarse a Sophía: la veía hermosa, más alta que él, con un vestido que parecía besar con formas de viento su cuerpo mientras caminaba casi levitando, con una sonrisa que emanaba paz o algo innombrable que ni siquiera él podía comprender, pero le fascinaba.

Esto sucedía mientras su hermana, luego de meter la ropa seca y lavada a la casa, retiraba la

charola de metal de la abuela y, como siempre: se habían comido todo. Entonces, satisfecha por la labor del universo de su casa, se dedicaba de lleno a la confección de sus vestidos de fantasía, imaginando en grandes palacios de países lejanos a las princesas resplandecientes utilizando sus confecciones.

Mientras, en la radio de alguna casa humilde, al fondo del pueblo, se escuchaba el número ganador de la lotería y la noticia de un desacuerdo más profundo entre las autoridades competentes y los campesinos enfurecidos e indignados.

VIII

El lunes por la mañana, cuando todos despertaban del olvido hacia el olvido, el guardia Jonás apenas estaba desperezando su atroz resaca, cuando en la radio acababan de pasar nuevamente el número ganador. No lo escuchó, solo oyó lo de las complicaciones del paro nacional y los problemas secundarios que conllevaría un acuerdo bilateral o multilateral.

Se acomodó la camisa lentamente. Era un rinoceronte dopado, hedía a alcohol y respiraba con dificultad. El pelo revuelto y atiborrado de canas. El rostro hinchado, más rojo que de costumbre, como un boxeador vapuleado. Se acomodó por último la gorra de guardia, palpó con la mano el guachito, cerciorándose de que estuviera ahí, y se levantó para ir a la Torre. La construcción había pasado abandonada toda la noche, y él, el resto de la noche abandonado en el Camaleón, dormido, abrazado a una mesa de guadúa.

El ruso llegó a la Torre con las primeras luces del día, antes que Jonás, que venía aguantando la resaca en su corpulencia. Ya algunos obreros estaban ahí. El guardia venía sonriente, aturdido aún por el alcohol. Nikolas Krov no le dio oportunidad para nada: apenas entró comenzó a insultarlo en su idioma y a gesticular violentamente, casi escupiendo sobre el rostro descompuesto de Jonás. Luego este alcanzó a entender que le dijo: «¡Larga, no quiero ver más aquí, larga, inútil, borracho!».

Luego el ruso comenzó a subir por las escaleras para inspeccionar la construcción. Jonás se quedó mirándolo, sin entender aún lo que sucedía, no dijo nada, dio media vuelta y salió.

IX

Evangelina despertó y escuchó a la abuela que llamaba o gemía. Corrió hacia el agujero que dividía la casa. No había nadie, solo se escuchaba un tétrico silbido del viento que entraba a la oscuridad de la zona clausurada. Se quedó ahí sentada un momento, al lado de la abertura, miró su vestido, sus manos, se tocó el cabello y, súbitamente, se echó a llorar en silencio, mordiéndose los dedos para que su hermano no pudiera escuchar su llanto. Pataleaba como una niña y se balanceaba como una loca. Se repetía para sí misma: «SantísimaVirgencitadelDesprecio, hazquemiabuelita...», y sollozaba: «Hazquemi abuelita...», sollozos, «Virgencitamis vestidosVirgencita...».

Tito se levantó, se vistió, pero no salió a la sala, pasó de largo hasta la puerta de salida. Aún recordaba el sueño donde se encontraba con aquella Sophía y era completamente feliz de una manera inexplicable. Tenía la sensación aún viva de sus labios y su lengua, de los abrazos y la levedad. Salió huyendo de su casa, caminaba agitado por las calles de tierra, mirando al frente, con los ojos fijos. Daba largos pasos. Llegó atrasado a la Torre, pero el ruso no se dio cuenta. Tito tomó su martillo, se puso el casco y comenzó a subir por las escaleras hasta el tope de la construcción. Tenía una sonrisa en el rostro, una sonrisa que exhibía o inventaba por primera vez en su vida. Se quedó sentado ahí arriba, sin hacer nada más que sonreír.

X

El ruso daba indicaciones a unos obreros que soldaban varillas en la parte media de la Torre, cuando de repente y sin aviso, regresó Jonás, furioso, envalentonado. Comenzó a insultar al

ruso, gritándole desde abajo. Todos detuvieron el ruido de las máquinas para escuchar la gresca, menos Tito, que ahora martillaba desafortunadamente, ensimismado y con la misma sonrisa. Algunos se reían de los gestos de los insultos ininteligibles (por culpa del ruido del martillo), otros observaban serios, callados. Comenzaron a gritarse como si lo hicieran en otros idiomas que ninguno entendía, mientras los martillazos continuaban con más fuerza, con más violencia. El ruso desde arriba, con su acento fuerte, como estornudando o masticando las sílabas, y el otro desde el piso, arrastrando las palabras, dejándolas enlodadas en su boca aguardentosa.

Callaron los martillazos y todos pudieron escuchar el último insulto de Jonás: «¡Te vas a la mierda, gringo hijo de pukta!», e inmediatamente dio media vuelta para largarse de ahí, pero, cuando estaba cerca de la puerta de mallas, se escuchó un golpe seco y duro, que vino de la nada, y luego un quejido ronco: era Tito, que había decidido lanzarse de la Torre, o se cayó de ella. (Eso nunca lo explicó después).

Tito cayó encima de Jonás, accidentalmente, y todo el cuerpo de este aguantó la fuerza de la caída de aquel. Tito se rompió una pierna y se fracturó una costilla, pero sobrevivió. Mientras que Jonás moría en instante, aplastado en el piso polvoriento, cuando apenas alcanzaba a meter los dedos en el bolsillo de su camisa y sacar el billete de lotería, que lentamente se iba llenando de la misma sangre que salía por su cabeza y resbalaba por su brazo. Sostenía el billete, que —con el revoltijo de pies y manos de los curiosos— se desintegró entre el ruido de la emergencia, la sangre aún caliente y la claridad sofocante del día.

En algún lugar del pueblo repitieron las noticias: crisis nacional, no había acuerdos. Y sí, el número ganador terminaba en 7.

Javier Lara Santos (Quito, 1978). Poeta y narrador. Es autor de los libros de poesía *Del acabose: Antología imaginaria* (2008), *Islísima que seremos* (2012) y *Vesania Inc.* (2014).

«Albur» pertenece al libro de relatos *Tratados de ociología* (2008), ganador del Premio Proyectos Literarios Nacionales 2008, en la categoría Cuento. Los jurados, María Gabriela Alemán, Oswaldo Encalada y Abdón Ubidia, destacaron de su obra «la unidad temática, la propuesta original y la poética y el estilo reconocibles».

Una mosca en el andén

Efraín Villacís

La botella está tirada, vacía, junto al vaso de Bernal que escucha recostado y con la cabeza levantada sobre el brazo en triángulo. Mira a través de Márquez que se agacha y saca de debajo del catre otra de anisado. Márquez se pone de pie, estira las piernas junto a la pared tapizada con recortes de revistas, da unos pasos mientras abre el frasco. Observa, con ojos complacidos, las figuras que parecen vivas sobre un escenario sombrío y sin matices: Pedro Infante, con algunos clavos en la boca, el martillo suspendido, mira de lado ofreciendo el lápiz que sostiene en la oreja. Gene Tierney, en bata gris, con la boca casi abierta, parece reclamar un beso, se lleva las manos al rostro junto a una rubia platinada

que ofrece Coca Cola. Lee Marvin sujeta a Sharon Acker por la quijada, está desmayada con las manos colgando sobre el vestido recogido, permite ver el inicio de los muslos en las ligas de las medias. María Félix, con sombrero de charro y doble cartuchera cruzada en el pecho, abofetea a un enano que le ofrece un plato de comida. Márquez gira, pasa la botella cerca del rostro de Bernal, sirve y se la deja. Bernal bebe de un trago el contenido, vuelve a servirse y lo atrapa la mirada fija de Spencer Tracy que se cubre la boca con la mano derecha, preocupado, ante varios frascos y tubos de ensayo.

—La primera y única pelota que tuve me la regaló mi madre, a pesar de mi padre que decía que quienes juegan el fútbol terminan haciendo todo con los pies. Salía a jugar, después de la escuela, en un canchón de tierra, al otro extremo del parque, frente a la casa. Quería a mi pelota, la acariciaba, llevándola de un lado a otro, arrebatándosela a mis compañeros de juego. No era un arma ni el medio para vencer a nadie. Al tocarla, dominarla, hacía que todas las tardes

fueran mías, completas, hasta que oscurecía. No recuerdo cuándo me aficioné a ella pero sí cuándo la arrojé con desprecio. Anocheció, cruzaba el parque por el mismo sendero, haciéndola rodar. Ruidos secos, como una queja que se corta y se repite, me detuvieron. Tomé la pelota y la abracé, refugiándome. El parque ya no fue amplio y libre, era solo el sendero oscuro y yo. La queja se repetía y crecía a medida que una sombra se acercaba. Estaba asustado. Como a dos pasos de mí, la sombra se dividió y una mano me tocó la cabeza. «No te asustes, guambra, sigue nomás». Una sola carrera bastó para llegar a la casa. En la cocina me metí el grifo del lavabo en la boca y bebí. Cuando me harté, me dio un ataque de hipo tan fuerte como el del hombre que me espantó. Abandoné la pelota por no haber sido lo que yo creía, por inútil ante aquel hipo que me cerró el camino. Fue como si me detuviera por primera vez en un viaje que había empezado hace tiempo. No es que antes no tuviera hipo, creí que al poder hipar de esa manera, crecía, y tenía la posibilidad de paralizar a otros. Y me ejercité diariamente, aunque a

la larga no asusté a nadie, más bien fui quedándome solo, por extraño.

—¿Y sigue teniendo hipos? —se burla Bernal, sin dejar de consumir el trago.

—¡Cállese, carajo, solo escuche! Ya en la secundaria, mis horas libres las dediqué al taller de mi padre. Mi tarea no fue más allá de lijar la madera, una y otra vez. «Tiene que quedar liso como tu trasero», me decía. Quería aprender el oficio, pero al agarrar la herramienta me volvía torpe, dañaba los muebles, cortaba mal las tablas o terminaba lastimándome. El taller creció y se convirtió en aserradero. Me gustaba lijar, era como comer, dormir o ir al colegio donde no atendía a nada. Garabateaba en las hojas hasta que las calificaciones hicieron que ya no fuera más. Y a la tarea de lijar se unió otra, practicar lo aprendido, hacer las cuentas. Cumplía bien con las dos tareas hasta que las cuentas empezaron a crecer y tuve que concentrarme. «Concéntrense en lo que están haciendo», les decía mi padre a los obreros, cuando usaban las máquinas. Un día, con concentración y todo,

uno de los obreros se voló los dedos en la sierra circular. Estaba cerca, me salpicó la sangre y también busqué los dedos entre el aserrín para llevarlos junto al herido al hospital. Desde entonces, cuando lijaba, calculaba, y cuando tenía que calcular, frotaba los cuadernos. Así que decidí solo llevar las cuentas, luego de pensar mucho en no dañarme o dañar a otros cuando me concentraba. No entendía por qué las cosas tienen que ver con otras y con otras personas. Que, si el obrero se cortó los dedos, había que indemnizarlo y devolverle el trabajo. Pero con una mano inútil no podía hacer mucho. Y si se lo despedía, con qué iba a alimentar a sus hijos. Y si yo fallaba en las cuentas, faltaba o sobraba material, no había con qué pagar a los obreros o los clientes no volvían. Llegó la solución. En la parte de atrás del aserradero había dos cuartos vacíos. Mi padre trajo a un antiguo amigo, con su familia, para que viviera allí y de paso cuidara. La hija mayor del cuidador sí estudiaba, el último año de secundaria. Poco a poco, por inercia, le fui pasando las cuentas y yo seguí viviendo, evitando concentrarme en nada.

—¡Por fin una hembra! —suelta Bernal mientras vuelve a llenar los vasos. Toma despacio. Los ojos rapaces de Márquez recorren el gesto irónico, las cejas arqueadas, una más alta que la otra, la chispa de las pupilas en los ojos hundidos, rasgados, la nariz diminuta, infantil, levantada sobre el vaso que esconde la boca. Se detiene en el cuello y sigue el movimiento —arriba y abajo— al tragar. Bernal deja de beber y repta con sus nalgas sobre el colchón sucio, hasta arrimarse a la pared. Recoge las piernas y las abraza por las rodillas. El vaso cuelga de una de sus manos, ancha, venosa. La punta de la lengua recorre la línea de los labios, chasquea, y deja caer su mirada en la punta de uno de sus zapatos de lona.

Voces masculinas, lejanas, brotan intermitentes y se van apagando, una tras otra, indecifrables. La ventana es un agujero alto, frío, nocturno.

—Cuando me cansaba de dormir o de escuchar la radio, iba donde la encargada de mis cuentas. Se llamaba Lucía, tenía cuatro o cinco

años más que yo. Conversábamos, más bien ella hablaba de cualquier cosa y hasta me animaba a ayudarle en la tarea. Me contó sobre sus clases nocturnas, de su familia, de sus enamorados. Me enteré que el pequeño, que yo creía su hermano menor, era su hijo. Lo había tenido a los quince años, en un desliz. Para mí era algo así como una amiga, la hermana que nunca tuve, y pasaba con ella porque no me producía ni frío ni calor. Empezó por preguntar de mi vida, de mis amigos o novias, que qué me gustaba. Conté lo del hipo y se rio como si hubiera contado un chiste. Evité contarle nada porque en realidad no había mucho que decir. Después le dio por acomodarme el pelo, por meterme caramelos en la boca y acariciarme los dedos. Dejé de dormir temprano y pasé horas viendo y leyendo las fotonovelas de amor que mi madre compraba, cada semana, y que nunca le vi leer. Iba donde la Lucía, bien peinado, con frases aprendidas para saludarla. Una mañana iba a lavarme los dientes y ella me interrumpió. «¿Quieres que te de un beso?». Le dije que tenía la boca sucia, por el café. «No

importa, así es más rico». Me lamió los labios y terminó metiéndome la lengua, no me gustó mucho pero igual me dejé, y hasta le imité. Los besos ya no los sentí en la boca sino en todo el cuerpo. La veía solo en las noches, después que llegaba de clases. Nos acomodábamos debajo de los bancos de trabajo, sobre el aserrín. Retozábamos hasta que amanecía. Todo iba bien en mi nueva vida nocturna, solo me incomodaba que cuando estaba en la mejor parte, me detenía, y me dejaba ir entre sus manos.

—Nos resultó pajarita, ¿no...?

—¡Silencio, la gran puta! No quería meterse en problemas otra vez. Y así estuvimos hasta que concluyó los estudios y fue a trabajar como vendedora en un almacén. Ya no me tomaba en cuenta y hubo días y noches que no apareció. Me enteré que se preñó otra vez y fue a vivir con el padre, un compañero del trabajo. La reemplacé con las revistas, la radio y mis manos; en las cuentas no había con quién. Tuve que hacerme cargo nuevamente, ya no importaba la concentración, vivía las canciones que escuchaba

hasta que mi padre se alborotó por eso de que las cuentas iban de mal en peor. No servía para nada en el aserradero, me mandó a trabajar. Y me consiguió un empleo, en el municipio, como lector de medidores de agua.

Márquez se levanta y llena los vasos hasta el borde. Vuelve a sentarse y se reclina sobre la pared de la cabecera. El zumbido de una mosca estorba el silencio. Se refleja deforme, agrandada sobre el tumbado crudo. Revolotea alrededor del foco mustio, parece olerlo, embriagarse en la luz cicatera que apenas ilumina el cubículo. Recorre el espacio, nerviosa, fugaz. Se detiene en la cabeza gris de Márquez, teje con algunos pelos que sobresalen. Vuela saeteando el aire y planea intermitente sobre las manchas melosas del licor derramado. Se eleva en espiral junto al pantalón azul de Márquez. Transita por la camisa a cuadros y se entretiene en los botones, casi los toca, recula, vuelve. Se pierde. Ahora explora alrededor de Bernal. Se posa en su frente, él da un manotazo en el aire, el zumbido desaparece.

—La tarea me vino como a pedido. Recorrer un barrio asignado, de casa en casa, ver el aparato, copiar los números y, de tiempo en tiempo, observar la agujita roja, la de la presión. Todo se iniciaba a las siete de la mañana y concluía, entregando el informe, a las seis de la tarde. Al principio me pareció importante el trabajito, con eso de que nos llamaban inspectores al servicio de la comunidad. Serví bien a la comunidad que a veces me brindaba un jugo por andar todo el día bajo tanto sol o lluvia. También me mandaba a comer mierda porque uno era bruto y copiaba mal los números y las cuentas por pagar le salían altísimas a la comunidad. En lugar de dejarme hacer mi labor me ponían perros por delante, y por los perros me inventé algunas dichas lecturas. Invento que después perfeccioné. En el municipio dispusieron que los inspectores trabajáramos de a dos. Me tocó por compañero el único amigo que tuve, Gerardo Torres. Él tenía más años que yo en el asunto y el primer día de trabajo me invitó a una cerveza para celebrar. Fue el último día que le oí hablar de corrido, sin parar. Divorciado,

cuatro hijos y le gustaba tomar. No le atendí demasiado porque estaba preocupado en el informe. Gerardo sacó de su bolsillo algunos papeles, tenía copias de lecturas de meses anteriores del sector que nos asignaron. Anotó las nuevas lecturas con cantidades aumentadas, según la variación de las anteriores. El servicio a la comunidad se limitó a estar a tiempo en las mañanas para recibir órdenes y beber cerveza, y la tarde para ir al cine y entregar el informe. Películas mejicanas, todos cantantes, obreros y pobres, maltratados por todos, maltratando mujeres. Y también de las otras, donde todo el mundo tenía que ir matando a alguien para terminar muriéndose también. Hasta que descubrí las de la Sarli, películas que me las repetía una y otra vez. Cambié, a veces, a la Sarli por las rubias del cine americano; el amante era yo.

Márquez se lleva el cigarrillo a la boca que parece no dejar de gesticular. Lo sostiene un instante con el pulgar y dos dedos gruesos, toscos. Aspira. La brasa refulge entre la ceniza intacta y crece en el papel que se consume uniforme.

Por las fosas deja salir el humo, se eleva, inunda las grietas de su piel y lo rejuvenece. Inclina la cabeza hacia delante, la ceniza se desprende y cae como una pluma. Las nalgas se aflojan, el catre gruñe al liberarse del peso de la espalda que se dobla. Sujeta otra botella, quita la ceniza de la tapa y la desenrosca. Sirve ruidosamente, delante de sus pies, en los vasos empañados que rozan la suela de goma de las sandalias que calza. Levanta uno de los vasos y se lo extiende a Bernal que ahora está recostado, rumiando el intervalo, al pie del catre paralelo al de Márquez.

—A la casa iba a dormir. Mi padre parecía haberme olvidado. Mi madre servía la merienda o el café, según la hora de mi presencia. Me observaba preocupada, triste, sin decir palabra. Siempre fue como si no existiera. Se aparecía para atenderme y nada más. Varios años pasaron sin sentirlos, viéndola envejecer tan rápida y naturalmente como me veía comer. Seguí con la cerveza, luego trago y menos películas. Torres se acicalaba de tiempo en tiempo para ir a la avenida. Era otra cosa recorrer la avenida

viendo mujeres, sin tener que pensar en anotar números. Mirando y escogiendo como mi madre en el mercado, miraba, escogía y regateaba, terminando todo en una olla, que después comíamos sin apetito y sin saborear. A la avenida uno iba con apetito y saboreando. Luego de escoger y regatear, terminábamos en una pensión oyendo cómo comían otros, y a mí el sabor y el apetito se me quedaban en la Sarli. Con ellas me pasaba lo que con Torres. Todas las mañanas en la misma cantina, bebiendo cerveza, viendo la mesa, sin palabras que decir.

—Y ahora es un lorito —dijo con desgano, vencido, Bernal.

—Llegaba a la pensión y la escogida se desvestía tan rápido como el número de su precio, muerta de frío y con ganas de irse a dormir. Me tomaba algunos minutos, prefiriendo lo que sucedía después. Encontrarme con Torres y seguir bebiendo, contándole mis películas con la mujer de turno y él a mí, apenas, las suyas, con el mismo frío y las ganas de irnos a dormir.

—¿No quiere dormir, don?

—Ya va a dormir todo lo que quiera. Aguán-teme un poco más, le conviene. Viéndolo bien, todo el mundo anda con frío y ganas de no despertar más. Cuatro o cinco días no me aparecí por la casa. Todo estaba al revés, mi madre había muerto de una enfermedad que nadie notó. Mi padre rabiaba y me mandó a la punta de un cuerno por mal hijo y no haberme preocupado de ella. Fui al entierro tratando de recordar cómo era. Lo único que recuerdo son sus manos sirviendo la comida, lavando o remendando, sus ojos mirándome con preocupación. Ya no hubo quien me sirviera la comida ni arreglara la ropa. Mi madre me hizo falta y a ratos me sentí como la noche del hipo, asustado, sin saber qué hacer. Mi padre se las arregló y trajo una mujer para que se hiciera cargo de la casa, la Lucía con sus dos hijos, el último resultó ser mi hermano y ya iba a la escuela. Mi padre me dio un poco de plata y me mandó con mis trapos a otra parte. Me estaba haciendo viejo y no sentaba cabeza. Arrendé un cuarto en el barrio donde vivía Torres. La preocupación

por mi madre la reemplacé por el espejo y las otras cosas se resolvieron sin más.

El timbre cansino de la voz obliga a Bernal a incorporarse. Se sienta, colma el vaso, bebe y vuelve a servirse. Extiende la botella, inclinada, y llena el vaso en la mano de Márquez. Están frente a frente. Bernal se pasa el dorso de la mano por la quijada y lo reta. Lo mira impaciente, aburrido.

—No sé para qué tanta historia cojuda. No sé por qué no me contesta de una vez y así también puedo ir a lo mío. Total a usted lo jubilan, se va, y ya tendrá a quién contarle sus memorias. Yo puedo decir mis porqués en menos de lo que tarde en tomarse el vaso, y sin necesidad de trago o de recuerdos. Sé que todos en algún momento queremos soltar todo, pero usted nunca habla con nadie como si fuera muy especial, como si estuviera en su casa, y de pronto me suelta las habas sin más. Que quiere desahogarse, bien, pero al grano. Que esta es su última noche todo el mundo lo sabe y si estoy aquí es por el trago que no abunda y también

porque quiero que cuente detalles para hacerme cargo del taller. Por eso le pregunté.

Márquez apenas ha bebido un sorbo. Levanta el vaso una y otra vez, como si brindara en silencio. Bernal atiende y bebe. Márquez extiende uno de sus brazos y hurga entre el catre y la pared. Saca una agenda azul, de plástico, del tamaño de la caja de fósforos que está junto a un paquete de cigarrillos sobre el colchón, suelta la agenda un momento, toma uno, lo enciende y vuelve a tomar la agenda. Juega con ella haciéndola girar entre los dedos, la abre, la cierra, la manipula seguro, lentamente, con el cigarrillo suspendido en la boca. Bernal sigue el juego, absorto, como si estuviera a punto de ver aparecer algo más entre los dedos del manipulador.

—¿Por qué? ¿Cuándo? En algo tiene razón, mi querido Bernal. No lo invité para desahogarme ni para enseñarle nada. Solo quiero hablarle de lo que yo llamo mi viaje. Viaje que todavía sigue, y quiero llevármelo. Mis memorias, como usted las llama, cambian cada vez que las recuerdo y

es por eso que no me gusta contarlas. Lo invité para que me oiga en silencio, sin interrumpir. Se lo dije antes de traerlo aquí. Porque esta noche es una parada especial, para estirar las piernas y después continuar. Lo escogí porque se parece a mí, es un solitario, de pocas palabras, y sabrá después hacerme otra pregunta. La que verdaderamente importa para seguir mi viaje. Sea paciente, disfrute del trago, aproveche. No intente entender, déjeme hablar y tal vez también obtenga lo que quiere. Yo sé quién es usted, mi querido Bernal, y no necesito saber más. Cállese.

Márquez deja la agenda sobre uno de sus muslos. Baja la cabeza como buscando el punto donde se detuvo su narración. Bernal parece conformarse, relaja el cuerpo y sube la mirada por las piernas de Bárbara Stanwick que está sentada, casi de lado, sobre una butaca enorme, lleva un vestido blanco hasta las rodillas, sonríe apenas, como escuchando el monólogo, las manos a la altura del pecho: la una casi extendida cubriendo la otra, la piedra del anillo

que adorna uno de sus dedos se levanta. La mosca trashuma por los recortes. Se detiene y camina por los sombreros del trío Calavera, desciende por las guitarras y se pierde entre las perlas del collar que pende del cuello de Rita Hayworth, quien apunta con una pistola pequeña desde la oscuridad.

—El cuarto me sirvió para olvidarme de que alguna vez tuve casa o familia. Era agradable estar solo, no tener que saludar o decir alguna tontería. Mientras sonaba la radio, pasé horas viéndome en el espejo, repitiéndome las películas, reinventándolas, queriéndome, riéndome, sufriendome. Me fatigaron las mañanas viendo la misma mesa frente a Torres y las tardes de cine repetido. Tomé mi segunda decisión. Torres venía faltando al trabajo. Andaba borracho sin siquiera beber. A veces se vomitaba y cagaba sin darse cuenta. Hablé con uno de mis superiores y lo ayudé a irse a morir en mejor parte, lejos de mí. A mi puerta no venía nadie, solo la dueña de casa que parecía querer tumbar la puerta cada primero de mes. Me

gustó vivir así. Salía todos los días a trabajar, limpio y bien peinado. «Ya sentaste cabeza», habría dicho mi padre. Caminé por los barrios asignados y, a veces, hice el trabajo como debía. Las tardes terminaba en una fonda de la que me hice cliente asiduo. Me reservaban una mesita en un rincón junto a la cocina. Pasaba tranquilo, anotando y bebiendo por costumbre. Al principio me servía la dueña, una gorda amable, algo entrometida, que pude evitar con apenas dirigirle la palabra. Después me sirvió la cocinera. Zoila, una madurita de buen ver, de manos callosas y grandes, tenía en la mirada la misma preocupación de mi madre. Le tomé atención, trabajaba desde la tarde hasta la madrugada. Una noche se acercó a pedirme que me fuera porque ya estaba tomado. Recordé una de las películas y le solté que iba a la fonda por ella, que era la moza más bonita de la ciudad, y que era la primera mujer a la que le decía esas cosas. Casi todo era verdad, al final terminé creyéndome mi propia película. Solo la veía en la fonda a pesar de que tenía libres los domingos, se los dedicaba a su hija de once

años. Seguí palabreándole hasta que conseguí llevarla al cine un par de veces. Nos casamos, a las cinco de la mañana, en la iglesia de El Sagrario. Fui a vivir con mi Zoila, a la hija la mandó con una tía, para no molestarnos. Mi Zoila era amorosa y me atendía bien. Era recatada, nunca le vi desnuda. Se desvestía en el otro cuarto, venía a la cama en camisón y me dejaba tocarla después de apagar la luz. No hablaba mucho, menos yo, así que nos llevamos la mar de bien. A la madrugada, cuando llegaba de la fonda, se bañaba y se frotaba timolina en el cuerpo para evitar cualquier infección. Se acostaba a mi lado, la sentía boca arriba, casi rígida, esperando a que me anime, y si no, se daba la vuelta y se dormía, después de decirme: «Hasta mañana, Augusto». Tuve todo el tiempo que me hacía falta y seguí dedicándole horas al espejo y otras a pasear. Me sentía libre, como ahora.

—¡Sopla mierda! ¿Libre? ¿Como ahora? Vaya novedad. Ni usted ni yo, nadie. ¿Quién no quiere ser libre? Aquí, ayer, ahora, en cualquier

parte. Si a eso quería llegar, al deseo de hacer lo que le dé la gana..., es mejor que se meta un tiro y fin.

—No sea pendejo. Nadie se mata, mi querido Bernal, lo matan. Qué o quién, eso no importa. No podría matarme porque soy mi propia pelota, me domino y me gusta rodar. Vivir como estoy viviendo porque yo me lo busqué. Es mi propio destino. Si comparo esa libertad con esta, es porque estoy conmigo mismo. Usted es joven, mi querido Bernal, cree que va a aprender, que todo lo que le sucede es por mala suerte. Cree poder tener todo lo que se imagina, lo que tienen otros y vivir a plazos, pagándoles. Usted no es más que los otros, un revoltoso venido a menos, por eso lo escogí, porque no se tiene ni a usted mismo. Pero va a ayudarme a evitar que un número de años, que una ley a la que llaman mi derecho, me impida seguir mi viaje. No me interrumpa, ya se va a enterar. Sirva.

Mario Moreno baila el bolero de Ravel sobre la boina blanca de Lana Turner que conduce

un auto, asustada, a punto de atropellar a Iran Eory en traje de baño, en medio de una playa desierta. Bernal se muerde los labios, juega un momento a golpear sus zapatos entre sí. Bebe varios tragos y tararea una canción que solo él escucha. La penumbra amarilla del cubículo se va difuminando en gris, cada vez más claro. El espacio crece, se ilumina, lentamente. Los recortes van adquiriendo otro orden, más condensado, menos preciso. Son hojas muertas, sepias, donde las figuras envejecen entre el fuego sucio de las paredes.

—Con la lluvia afuera, mi tiempo en el espejo se extendió. Antes llovía de verdad, tanto que no se podía caminar por las calles inundadas. Fue en la tarde. Mi Zoila ya se había ido a trabajar. Estaba en medio de una de mis mejores películas, desnudo, sentado ante una de mis mejores amantes en el espejo. La puerta no la aseguraba porque no tenía visitas. La claridad de la puerta abierta y el ruido del aguacero me sorprendieron. La hija de mi Zoila estaba detrás de mí, observándome. La veía por el

espejo, revisándome la espalda como a un bicho raro, la dejé hacer largo rato. Me levanté y di vuelta para vestirme y preguntarle qué hacía ahí. Cuando me vio de frente cambió de actitud, retrocedió, se topó con un mueble y saltó a la puerta. Se detuvo sin dejar de mirarme, extrañada, casi feliz. No me moví. Se fue acercando poco a poco y me preguntó con la voz bajita y temerosa: «¿Puedo tocar?». No contesté, la dejé venir y me tocó como la Lucía a mis dedos. Jugaba a inspeccionarme, acariciando, como si tuviera un peluche entre las manos. Me besó gimiendo, despacio, mimosa. Paró de llover, la aparté y me vestí. Tenía que entregar el informe. La llevé conmigo algunas cuerdas, me pidió un helado y la dejé ir viéndola regodearse con su dulce. Todos los días compraba helados que se derretían conmigo ante el espejo. Volvió, detrás de mí, confiada. Me observaba de pie con las manos pegadas a la faldita plisada. Las medias de lana subidas hasta las rodillas. El pecho, bastante crecido, debajo de la blusa estrecha. Se quitó el saco azul y vino hasta mí. Empezó otra vez y puso mis manos

en su cuerpo. La toqué y acaricié como a un cachorro. Llovía, y adentro, ella sudaba. Me olvidé de los informes, de los paseos, del espejo. Solo esperaba, todas las tardes me entregué a sus deseos. Cada cosa tiene que ver con otra y con otras personas. Viviendo lo que otros, para otros y ellos también. Alguien siempre se tiene que joder. Nos encontró mi Zoila apenas entrada la noche, se inundó la fonda y no había forma de atender. La hija desapareció y mi Zoila me golpeó hasta cansarse. Fui arrinconándome hasta que me metí debajo de la mesa, desnudo y con ganas de dormir.

La agenda se abre y se cierra. Se suelta de la mano de Márquez y cae sobre el pavimento. La mosca se posa en ella, atraída por el brillo húmedo que emite el plástico. Márquez la recoge y vuelve a hacerla girar entre sus dedos, con cuidado, casi frotándola. Bernal tiene los ojos turbios, perdidos. Está tendido, de lado. Las pupilas siguen el transcurso de las sandalias, van y vienen con los talones encallecidos, los dedos anchos, las uñas sucias, pétreas.

—Después de varias horas salí de mi refugio. Todo estaba oscuro. Tropecé y rompí el espejo. Me vestí, fui al cuarto donde mi Zoila dormía, hice ruido pero no despertó o no quiso moverse. Decidí no meterme con nadie, evitar como fuera que nadie se meta conmigo, estar solo donde a nadie le importe lo que haga o deje de hacer. Me acosté junto a mi Zoila, la toqué por última vez y me dormí. Al cuarto día, los vecinos me sacaron de la cama, todo apestaba, insupportable. Ella no despertó. El resto, mi querido Bernal, ya le habrán contado. Son dieciséis años de vivir aquí, solo, libre. Y hoy me obligan a detenerme, a dar unos pasos en el andén.

La ventana es una esfera alta, azul, dividida por dos franjas negras. Voces masculinas, lejanas, ordenan. El foco está apagado en medio de la celda que empieza a vivir. Márquez se arrodilla ante Bernal que reacciona y lo mira cansado, con ira.

—¿Y cómo mierda va a evitar salir? Yo no le sirvo para nada. ¡Tiene que largarse de una puta vez! Déjeme tranquilo, quiero dormir.

Bernal no se ha movido del catre. Está cubierto, hasta la mitad de la cara, por una gruesa cobija. Márquez se peina de pie con una mano, mirándose en un pequeño espejo que sostiene en la otra. La mosca se detiene, un instante, en la punta de la navaja que sobresale entre las tapas de la agenda.

Efraín Villacís (Quito, 1966). Narrador, dramaturgo, crítico, editor e impulsor de revistas culturales del país. Colabora en medios de comunicación con artículos y ensayos sobre temas literarios. Escribió la obra de teatro *El contrato* (1999), la investigación *Gonzalo Zaldumbide: Cartas 1933-1934* (2000), editó *Significado España en América* (2001) y fue coautor de la investigación *La imprenta y el papel* (1998), para el Municipio de Quito. Fue finalista del Premio Iberoamericano de Cuento Taurino (2003). Además, publicó *Presencias de Teresa de la Parra* (2001).

«Una mosca en el andén» se publicó en la revista *El Búho* (año III, n.º. 13, julio/agosto/septiembre de 2005, pp. 16-21).

Antología para noviembre
fue editado bajo el número 12 en la

COLECCIÓN

Literatura  Justicia

por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente
Gustavo Jalkh Röben
en noviembre de 2014

con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario El Telégrafo.

Para este libro se han utilizado los caracteres
Fairfield LT Ligh 12 puntos.

